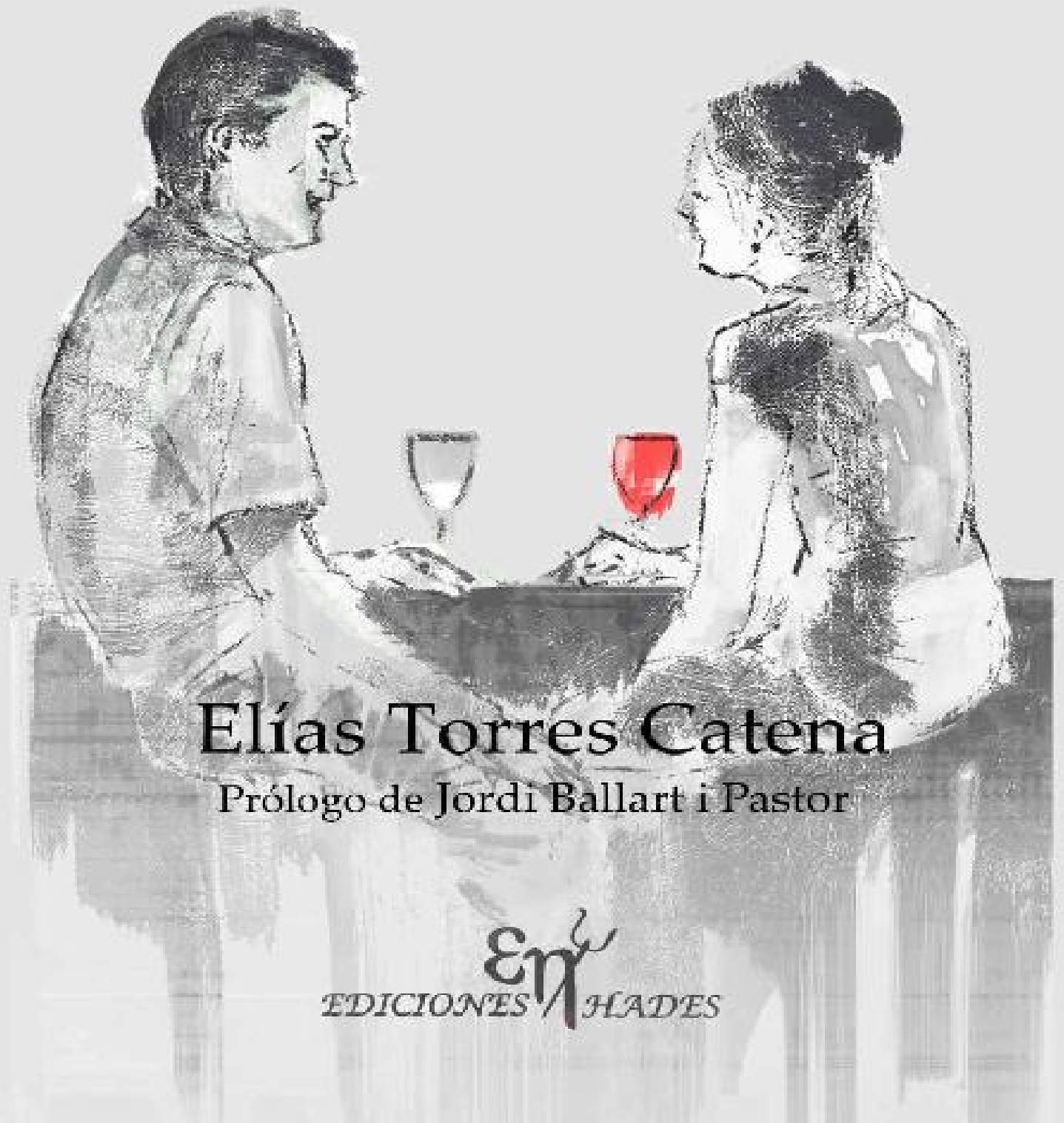


Amores de barra



Elías Torres Catena

Prólogo de Jordi Ballart i Pastor

En
EDICIONES / HADES

Amores de barra

Elías Torres Catena

EDICIONES HADES

“Narrativa”

© Elías Torres Catena
© Ediciones Hades
12163 Culla (Castelló)
info@edicioneshades.com
www.edicioneshades.com

ISBN – 978-84-120495-9-6
Depósito Legal – CS 1049-2019

Diseño Portada – Javier Blázquez Murillo

Amores de barra

*A los amores de barra,
a los que están y a los que se fueron...*

Gracias.

Prólogo

El humor es un bálsamo para el alma, y eso Elías Torres lo sabe bien gracias a su experiencia en escenarios varios. Como decía Chaplin, la vida es un chiste. Y saber sacar una sonrisa o una carcajada a partir de la vida es un arte. Pero Elías, como todos los cómicos, llega un momento en que baja del escenario, se quita su máscara y ve desde cualquier barra como el mundo pasa, tropieza o se encuentra solo. Elías nació en Terrassa, en Les Arenes, y después de algunas

idas y venidas sigue viviendo en nuestra / su ciudad, en Can'Anglada. Un tipo de barrio. De barrio y de barra. Y su novela, con tintes autobiográficos, transcurre en las calles, en los bares y en el entorno natural de Terrassa. En esas barras es donde Elías conoce más a la gente, a personas que comprueban que hay alguien tras una nariz roja de payaso, tras el monologuista. Y aquí es donde el amor también aparece como otro bálsamo. Elías lo reivindica como puro, como ajeno a ideas y a banderas, como necesidad y como derecho.

Amor y humor, hasta las palabras se parecen, van de la mano en su vida, en su trabajo y en su capacidad de empatizar con los demás. Es habitual verle colaborando en actos solidarios y vinculado a su barrio. O mejor dicho, a sus barrios. El mismo día que él supo de la publicación de este libro, los dos estábamos en la inauguración de la redecoración de la planta de Pediatría del Hospital de Terrassa. En un espacio lleno de color, cohetes, lunas, peces, arcoíris o flores, Elías apareció para arrancar risas y sonrisas con su nariz roja y sus tirantes multicolor.

Si en una barra encuentran una nariz roja encima, hablen con la persona que esté por ahí cerca. Descubrirán a un tipo singular, de barrio, capaz de convertir actos cotidianos en historias y en aventuras, capaz de observar al mundo con esa mirada limpia que abandonamos con la infancia.

Gracias Elías por subirte a escena. Pero especialmente por quedarte en la barra cuando bajas y no desaparecer por el *backstage*. Al fin y al cabo, es en esas barras donde surge el amor, donde sigue la vida de verdad, donde cada uno y cada una se sienta a reposar y deja, un ratito, su mochila en el suelo. Y siempre va bien tener alguien cerca para hablar de lo que guardamos en ella.

Jordi Ballart i Pastor
Alcalde de Terrassa

Soy de esos, de esos que vuelven. Vuelvo a los sitios que me han despertado encanto, pero no con el tiempo, mañana mismo si puedo, no soporto la idea de pensar que me he perdido algo; un árbol milenario, un licor artesanal o una historia personal de esas que empujan a escribir. A mis cuarenta, tengo ya esas frases que identifican a uno y forman parte de los principios, en principio, es posible que con el tiempo haya que sustituirlas o simplemente renunciar a ellas por algún interés mayor. Si en un lugar descubres algo que te conmueve, quédate, o vuelve lo antes posible, esa sería una de las mías.

No elegimos los lugares en los que nos vamos a emocionar, ni la hora, incluso en ocasiones me ocurre que para ir a los sitios necesito el empuje, o en este caso el tirón, de una tractora de

doscientos caballos de potencia. Ya sea para ir al cine, o a visitar una cala, o un concierto de un grupo que no he escuchado en mi vida, mis expectativas están bajo mínimos y luego resulta que las sorpresas estaban guardadas tras unos acordes, un olor, un sabor que se queda en el paladar para la posteridad y cómo no, una persona, esa, la que ha llegado para decirte algo.

En la barra de un bar, un desconocido se me acercó y me dijo:

—Elías, quiero hablar contigo.

—¿Conmigo? Sí hombre, cuando quieras —bastante sorprendido la verdad, José Salmerón es un señor que es muy conocido en el barrio por regentar durante años un taller de reparación de automóviles pero yo no había hablado con el jamás.

—Me pasa, que tengo un cumpleaños en el mes de marzo y quiero hacer un regalo.

—Ah, vale. Y... ¿Qué tiene que ver conmigo? —le dije sorprendido.

—Pues he pensado que seas tú el regalo —me puse a reír de tal manera que lo contagié y acabamos los dos riendo—. Sí hombre, que yo te veo cada día en el bar cuando llegas de trabajar y cambias el ambiente con tu actitud. Prepárate unos chistes, un monólogo o lo que puedas, tienes tiempo ya que estamos en enero y te hablo del mes de marzo. Además te voy a pagar —añadió como elemento seductor.

—Pensaba que me ibas a pedir un estriptis —la típica broma para quitar importancia al asunto después del acojone que me entró—. Ahora me has dejado a cuadros, no sé, yo nunca he hecho eso o lo he hecho pero de pequeño en clase o con mis amigos, que no es lo mismo que...

—No te preocupes que seremos un público familiar y estaremos apoyándote.

—No sé, de verdad José, déjame que me lo piense y te digo algo. ¿Cuántas personas habrá más o menos? —esa pregunta en ese día, no tenía importancia alguna, hubiera dicho el número de personas que hubiera dicho.

—Cuenta unos veinte, familiares y amigos de la chica.

—Vale —con más dudas que certezas a pesar de la rotundidad de mi palabra final.

“Vamos, ni te lo pienses Elías, estás hecho para eso, eres un tío cachondo, enganchas a la gente, o la lías, no sé, pero molas. No tienes trabajo ahora, ni nada que perder, por probar no pierdes nada y si no sale bien pues a otra cosa”, me dijo mi hermana Mari con una mirada directa a los ojos que contenía toda la seguridad que me faltaba en ese momento. Así que acepté la propuesta de José y fui a la fiesta de aniversario de los cuarenta años de Sonia, un encanto de mujer. Hablé mucho, muchísimo, una hora y veinte minutos de monólogos y chistes que sirvieron para amenizar la fiesta, para subir mi autoestima y para descubrir el cómico que llevo dentro y soy.

Luego todo pasó muy deprisa, yo conozco a tal que hace monólogos, y yo a tal, curso por aquí, curso por allá y al poco tiempo estaba participando, ganando concursos y actuando en las mejores salas del circuito de comedia. De aquel primer monólogo no conservo nada, ni una cita, ni un chiste, conservo, eso sí, la amistad de José, Toni, Sonia, Cristóbal y alguno más que me llaman para todas sus fiestas como un ritual, de amistad y de humor.

Mi vocación escondida, mi pasión. Luego llegó el Clown, la Risoterapia, la meditación, la

Gestalt, Eva, Montse y Arantxa...

Voy y vengo, me marcho y vuelvo. Vuelvo a la barra del bar porque soy de los que vuelven y aunque el bar Malagueño cerró sus puertas hace unos años, sigue abierto en mí el recuerdo de aquella persona, esa, la persona, la que se me acercó en la barra para pedirme que le mostrara algo de mí que yo mismo no veía.

A todo gas

No me puedo perder nada a parte de lo que ya sé que me voy a perder, esa parte que ignoramos, por suerte, y que nos aleja o acerca a personas y lugares. Hoy no dejo de buscar explicaciones de algún tipo para llegar a entender cosas que no hay que entender, solo vivir.

Juntos en el río, ella y yo. Yo acariciando su espalda suavemente con la yema de los dedos y ella tumbada bocabajo respirando placer. No importa que hayamos vivido cerca el uno del otro

durante más de treinta años y no nos conocamos. Me ha explicado por el camino, que gracias a un trabajo personal largo, es otra persona desde hace un par de años, me alegro de no haberla conocido antes con su marido de siempre y con sus miedos de siempre. Ahora tiene dos años, dice, me río y la entiendo a la vez, ha fijado el año cero en su vida en el punto que ella ha decidido y cuando ella considera que ha empezado a vivir de verdad, me encanta.

Sigue relajada y yo voy combinando movimientos y técnicas para que su estado de relajación vaya a más y al mismo tiempo deseo que ella me lo haga a mí; ahora con los dedos, ahora con la palmas de las manos, ahora repaso tu columna vertebral, ahora los espacios interdiscuales, ahora las cervicales, ahora hago dibujos sobre tu espalda. Ay que bien, dice.

¿Dónde estabas, tía? Pienso, en un momento que el pensamiento dice cosas extrañas como; esto es perfecto, es mi media naranja *etc.* Resumiendo, mierdas de esas que si no estás atento te hacen enloquecer. Qué más da donde estuviera, yo estoy aquí en plena ola de calor y ya van dos este verano, sobre una roca sentado y con la humedad en mi bañador que me recuerda que hace un rato que me he bañado y que con la humedad me pican los huevos, así que me pongo en pie y me tiro al agua.

Por la orilla y poco a poco viene Marta como el que viene de echar la siesta y se presenta cautelosa para no resbalar. Su cuerpo es flexible y ligero, sus manos y pies pequeños igual que sus pechos, sus glúteos perfectos. La piel de sus piernas es tersa y suave, la de su tronco y brazos algo más rugosa.

Me descubro mil deseos y fantasías en mi cabeza, lo que me gustaría hacer y lo que me gustaría que me hiciera, lo que sucede ahora y lo que podría suceder, esas cosas mías que solo aparecen cuando hay alguien. El espejo le llaman, porque gracias a la persona que tienes delante puedes ver, tus miedos, tus deseos, tus inseguridades, tus herramientas de seducción y un largo etcétera de ti mismo. El espejo, podría ser el título de una novela pero de momento ya es puro aprendizaje para mí, o quizás sea solo repasar lo que ya sé, pero ya me vale.

Vine ayer y he vuelto hoy porque no me quería perder nada. Marta vio la foto del lugar que colgué en mi estado de whatsapp y me escribió:

“Llévame a ese lugar mañana por favor”. Cara con ojitos de corazón. “¿Dónde es?” “Hola Marta, es en Rellinars, mañana volvemos si quieres”. Pulgares hacia arriba.

—¿Nunca te trajeron aquí tus padres cuando eras pequeña?

—No, creo que no, vaya.

—¿En serio? —incrédulo porque era un lugar ideal para las familias y eran muchos los de Terrassa que venían a pasar un día e incluso el fin de semana.

—A lo mejor sí y yo lo he olvidado.

—Puede ser —me río con fuerza y con la letra A—. O eliminado, con tanto miedo que tenías hasta que has vuelto a nacer, quizás alguien te empujó desde esta roca y te cagaste de miedo —le toco la cara con ternura.

—Qué capullo eres —con una sonrisa y metiendo la punta de los dedos en el agua para salpicarme en la cara—. ¿Tú has venido muchas veces?

—Tengo recuerdos de este lugar con mis hermanos, mis padres, mi cuñado y hasta con mi prima de Sevilla, Natalia, que nos hacía reír porque decía que se le colaba la zapatilla en la arena “movidissa”. Se me quedó este lugar grabado para siempre y vuelvo cada año para volver a ser aquel niño, es curioso.

—¿Qué te resulta curioso, ser niño o querer serlo? No olvides que tengo dos años —y reímos los dos de forma espontánea y con ímpetu.

—Volvemos a los lugares y... —haciendo un silencio para elaborar el discurso, en modo filósofo activado—. Queremos recordar algo, revivir algo, quizás reparar algo de aquellos años, no sé, lo cierto es que volvemos y descubrimos el presente.

—Mmm... —mirada perdida—. No te entiendo.

—Ya, ni yo —volvemos a reír a la vez—. Nos trae la nostalgia, al menos a mí, pero hoy por ejemplo te conozco a ti, todo un descubrimiento. Ayer vine con mi hijo y me descubrí padre de un adolescente que me hacía preguntas, me pedía consejos, me hablaba de sus dudas e inquietudes. Compartimos momentos excelentes.

—Qué tierno —y me mira con ternura—. Claro, yo te digo que tengo dos años pero sin todo lo vivido anteriormente no sería quien soy ahora.

—Pues eso, que el tiempo no existe creo, el pasado es presente y el futuro no es.

—Que guay que se está ahora que se ha ido el sol —soltamos una carcajada a la vez porque ambos hemos entendido que había que salir de tanta profundidad y que el comentario sobre la temperatura siempre es bueno para salir del paso.

Los gritos de unos chavales que cazan cangrejos de río y van arriba y a abajo nos llaman la atención. Han descubierto algo, un cangrejo enorme dicen, enorme debe ser, no lo sé exactamente pero les va su vida en este momento. Impulsado por la curiosidad salgo del agua y me acerco a ellos para ver que significa enorme. La última vez que yo cogí uno fue en casa de Iván, en una fuente de jardín el cangrejo convivía con unos peces color naranja. Decidí sacarlo del agua para mirarlo de cerca y de paso bromear con los amigos para echar unas risas, y vaya que se rieron, me enganchó con su pinza y para que me soltara se la tuvimos que abrir entre dos. Pasaron unos treinta segundos que se hicieron treinta minutos mientras el dolor me hacía mover las piernas como si estuviera haciendo steps hasta que me pude escapar. Es grande sí, es enorme porque comparado con los que ya tienen en el cubo se nota la diferencia, el tamaño es relativo.

Unos mensajes en cadena llegan a mi teléfono que está en la mochila, no lo suelo utilizar en estos momentos de desconexión pero está en mi recorrido de vuelta al agua.

—“Mano que ase” “¿Tas por aquí?” “Voy a tomar una servesa al Eclipse, si te quieres venir”

—“Hola Kiko, estoy en el río, cuando llegue te llamo. Y si no, mañana”

—“*Vale mano disfruta*”

—“¿Todo bien?”

—“*Ma o meno mano*”

—“¿Ha pasado algo o necesitas algo?”

—“*Nesesito que me de el aire mano*”

—“Vale, mañana te veo y me cuentas”

—“*Vale mano grasias*”

La conversación es corta y no da para mucho pero Kiko, un chico cordobés que conozco hace un tiempo, lleva unos días desaparecido y aunque yo no lo noto mi cara se transforma cuando leo los mensajes.

—¿Todo bien? —levanto la cabeza y veo que Marta me mira con cara de haber notado mi preocupación.

—Sí, sí, tranquila, es un colega que... —me quedo pensativo, introduzco el teléfono en la mochila y me dirijo hacia Marta—. Bueno nada.

—Has puesto cara de preocupado.

—Es un amigo del bar que está al lado de casa. Es buen tío y la situación que está viviendo es complicada.

—Supongo que tiene que aprender algo, por eso le pasa.

—Bueno, no sé por lo que es —voy entrando al agua poco a poco.

—Hasta que no encontramos la salida, el problema se nos repite para que aprendamos.

—¿Tu crees? ¿De verdad? Desconozco por qué suceden las cosas. Sé lo que él hace para seguir adelante, y no me gusta.

—Yo creo que es así, en el libro de las “Nueve Peldaños” lo explica muy bien. Nosotros elegimos nuestros padres, nuestras vidas, para trabajar cosas pendientes.

—¿En serio? —con tono serio y mirada de incredulidad—. ¿Y ese ejemplo vale para todos? ¿Para niños que han sido maltratados?, o no sé, ¿para una chica que ha sido violada? —le digo, como una propuesta par reflexionar sobre ese concepto que según como se mire puede resultar algo cruel.

—Cuesta encontrar una explicación a esas cosas —Marta no esperaba una pregunta con tanto peso.

—No quiero encontrar una explicación. Es una putada y ya está, los que aseguran que te quieren te hacen daño y si sobrevives a ese daño, prepárate para lidiar con él toda la vida.

—Ya... ¿Conoces su historia?

—Sí, tomando unas cervezas nos quedamos solos y aproveché para abrirse y yo me abrí para escuchar —me quedo callado y pensativo.

No sé si Marta espera que le explique algo, yo prefiero guardar silencio. Es una historia de violencia, de abusos, de niños en centros de atención a menores, de madres violadas, de cinturones marcados en la espalda. Y ahora es una historia de alcohol, de cocaína, de mentiras, de violencia y mucha soledad. Como agravante, 900 kilómetros de distancia de lo que todavía

quieres, tus hermanos y hermanas, tu madre y tu tierra.

Entiende mi silencio y le falta confianza para romperlo. El aire caliente que acompaña al río por su cauce me pide mojar también el torso a pesar de que el sol ya no toca nuestra piel, ni la volverá a tocar hoy, pero este mañana vuelve, siempre vuelve.

—¡Que fresquita está!

—¿No me vas a contar nada más de tu amigo? —me sorprende su atrevimiento.

—¿Qué amigo? —haciéndome el sueco.

—Del que me acabas de hablar, me has dejado a medias.

—Cotilla —sonríó con simpatía—. No es mi amigo, hace poco tiempo que lo conozco, su historia me conmueve y me gustaría que pudiera hacer algo diferente para gestionar sus asuntos.

—Pero... —pensando la pregunta—. ¿En un bar se puede hablar de esas cosas?

—En un bar se habla de todo.

—Ya pero... No es el mejor lugar, además si hay alcohol y demás.

—El bar que yo voy, es cafetería por la mañana para madres, padres, abuelos y abuelas que toman café después de dejar a los hijos en la escuela; restaurante al mediodía para trabajadores de tiendas, obras, sucursales bancarias, jubilados y viudos y viudas que para no cocinar vienen y por diez euros comen el menú del día; por la tarde es lugar de encuentro para la gente que trabaja fuera y antes de llegar a casa pasa por allí para ver a sus amigos; por la noche vuelve a ser restaurante y después ya no sé lo que es. Bar de copas, o bar simplemente, depende del día. Hay noches que puedes ver lo que sobra en todos sitios. Lo que sí que está claro es que siempre hay caudal de gente, bueno personas, cada uno con su historia y sus vivencias, cada uno con su mochila.

—Y a ti que no te gusta hablar —me mira y me sonrío levemente esperando mi sonrisa—. ¿Verdad?

—¿A mí? No, ya sabes, soy muy tímido.

—Sí claro —reímos a la vez.

—Hay historias apasionantes, de verdad, como las personas que las cuentan. Libros abiertos con forma de ser humano, de eso estoy convencido. Aprendo muchísimo, también es verdad que no solo me gusta hablar, también escuchar.

—Eso sí, es verdad, sabes escuchar.

—Hace poco conocí a un señor, Antonio se llama. ¡Qué grande! Su historia contiene tanta tristeza como sarcasmo, tanto que te tienes que reír cuando la escuchas.

—¿Qué dices? —expectante y deseando oírla—. Pero, ¿me la vas a contar o me vas a dejar con la miel en los labios otra vez?

—Tengo una idea —silencio para generar misterio—. He pensado que quiero escribir la historia de Antonio, así que te leo algo que he escrito y tú me ayudas con el título.

—¿Te gusta escribir? O sea ¿escribes?

—Sí, me gusta mucho, sueño con poder editar algo algún día, pero no es fácil.

—Imagino. Bueno eso, que acepto, va cuenta —impaciente.

—Mejor la leo, ya la tengo escrita, solo me falta el título —salgo del agua, me seco las manos y de mi mochila saco el blog que me acompaña siempre. Me sitúo cerca de ella en las rocas y me dispongo a leer en voz alta.

La historia sin título

Antonio es un hombre menudo, con la espalda encorvada y delgado. Camina mostrando fragilidad y con los pies bien pegados al suelo. Siempre que lo veo pienso que si fuera un poco más alto lo habríamos recogido del suelo en más de una ocasión. Visita cada día el restaurante Eclipse de la calle San Honorato a la hora del desayuno y de la comida; es de los que vuelven. Se divorció hace doce años y se dedicó a beber todo lo que no había bebido hasta entonces, mañana, tarde y noche, en su casa, en el trabajo o en el bar y hasta que tuvo bastante. En la actualidad no prueba el alcohol, una cirrosis hepática casi se lo lleva por delante y se vio obligado a dejar la bebida. Me dejó mi mujer y me dio por beber a todas horas, es la frase que siempre me dice cuando compartimos mesa para comer pero nunca me había explicado lo sucedido, hasta que un día en el segundo plato del menú, yo churrasco y el pescadilla, abrió sus puertas y me regaló su historia.

Antonio trabajaba con autómatas programables y llevaba el control de las líneas de

envasado de un prestigioso laboratorio farmacéutico de Terrassa. Le apasionaba su trabajo y dedicaba horas y horas a la formación, si podía ser, con técnicos alemanes. Para mí son los mejores Elías, tal y como te lo digo, cabezas cuadradas y metódicos, eso sí, los más borrachos del mundo. Y por estos motivos los prefería a la hora de actualizar sus conocimientos en la materia.

El día de la gran broma final, Antonio y Vicente trabajaban en la línea 1 de envasado de producto, un fallo en alguna sección paraba la línea. La electricidad electrónica te puede volver loco y eso le encantaba, jugar al gato y al ratón. Pasaron las horas y no lograron hallar la avería, acabó su turno y se marchó a casa repasando uno a uno todos los pasos del P.L.C. Abrió la puerta de la entrada y notó el frescor y la corriente de aire que se percibe en las escaleras de las comunidades en días calurosos. Subió caminando las escaleras hasta el segundo piso y al mismo tiempo que introducía la llave en la cerradura del Segundo A tocaba el timbre para no sorprender a ninguno de sus hijos de alguna manera que no querría ver.

Todo en orden. Besó en los labios a Luisa, que leía una revista sentada de medio lado en la mesa del comedor y esta se puso en pié como si le hubiera dado calambre y apresuró el paso hacia la cocina.

—¿Se quema algo Luisa?

—No, no se quema nada —y lo que se quema no te lo puedo decir, pensó.

Se quemaba la soledad, se quemaba la rutina y se quemaba todo aquello que en una relación ya no arde por el fuego del amor y se acaba incinerando en el infierno del aguante.

Dejó el portátil sobre la mesa de centro que quedaba delante del sofá y las llaves en la bandeja de madera que había sobre la cómoda. Su mente, como un autómatas, seguía buscando la causa del paro de la L1 sin éxito. Pulsó el botón ON del mando a distancia y se entretuvo en un arriba y abajo de canales hasta que encontró uno que no le molestaba, encontrar alguno interesante a esas horas de la tarde, cuatro y media, lo había descartado hace años. Se sentó, se quitó las gafas y las puso sobre el portátil, se echó las manos a la cara y presionó sus ojos con las yemas de sus dedos para liberarlos de la tensión, con la fuerza justa que te deja sentir el dolor al principio y el alivio cuando dejas de presionar.

Como al que le pica el culo y no puede parar de caminar, se puso en pie acalorado con la necesidad de poner agua fría en su garganta y con la intención de ir a buscarla al frigorífico. En el espacio que va del sofá a la puerta de la cocina, Antonio solo pensó en el calor que sentía y la sed que quería saciar, y justo en ese momento en el que en su mente solo había agua y calor, descendió desde los cielos la solución para la L1, la cámara auxiliar del contactor. Con la alegría de haber encontrado el fallo y el lamento de no haberlo hecho antes, soltó un ¡me cago en San Pedro bendito! al mismo tiempo que golpeaba con la palma de la mano en el marco de la puerta de la cocina. El golpe y las palabras de Antonio sorprendieron a Luisa, que se le aflojaron las manos y dejó caer al suelo una fuente de porcelana que se hizo añicos.

—¿Quién te ha dicho que estoy con Pedro? —miró a su marido, o al que era su marido hasta ese momento, con cara de sorpresa y vergüenza a la vez.

—Me cago en San Pedro bendito que he encontrado el fallo de la L1 Luisa.

—Ah, pensaba que...

—¿Qué pensabas? —sorprendido, enfadado e incrédulo—. ¿Qué coño es eso de Pedro?

Y... ¿de qué Pedro hablas? ¿Pedro, mi amigo? —y cada vez que hacía una pregunta se dejaba sentir un poco más la traición. No sabía nada todavía pero se temía lo peor.

—Mira... Antonio...

—Ni mira ni hostias. ¿Qué, pasa, con, Pedro? —hablando con la voz cada vez más elevada y haciendo pausas después de cada palabra.

Antonio encontró en el mismo día el fallo de la L1 y de su matrimonio. Luisa le explicó lo que sentía por su amigo Pedro y el idilio que justificó hablando de amor, esa razón que está por encima de todo y es el burladero del que en ese momento confiesa. El que está al otro lado tiene que aceptar que no hay nada que se pueda hacer frente al enamoramiento y asumir que es una fuerza mayor. Bueno, si es por eso vale.

—Que me he enamorado Antonio —concluyó Luisa, dando por terminada la conversación y la relación.

—Coge tus cosas ahora mismo y vete. No quiero que vuelvas y no quiero verte nunca más.

Se fue y volvió, claro que volvió. Volvió a recoger su ropa, volvió a recibir los reproches de sus hijos y volvió a deshacerse poco a poco de su casa, su cama, su marido y su pasado.

Joder con el amor, me dice desde una sonrisa que esconde tristeza. Es una frase que está escrita en el libro de la vida de Antonio y que habla de la irracionalidad del enamoramiento al mismo tiempo que se resigna.

San Pedro bendito

—No. No puede ser verdad.

—Es verdad, Marta.

—Ya, ya, pero me he quedado estupefacta con la forma de descubrir el lío de su mujer con su amigo. Pura casualidad.

—¿Casualidad? No hay casualidad. Hay una persona que engaña y miente. Su propia conciencia le delata. El que nada hace nada teme.

—Es cierto, no hay casualidades. Yo también lo pienso.

—Hay una canción de Enrique Bunbury que se llama: “Casualidades o Causalidades”. Es muy chula, luego la escuchamos.

—¿Luego? ¿Por qué ahora no?

—Porque ahora, señorita, me tienes que decir qué título le pongo —le digo con cierto recochineo.

—Pues... —piensa, uno, dos, tres, cuatro segundos—. San Pedro bendito —añade con convencimiento.

—¿San Pedro bendito? ¿Sí?

—¿Qué dices de Pedro? —me dice espontáneamente y reímos los dos.

—O... Pánico en la línea 1 —volvemos a reír, esta vez con más intensidad—. ¿No te mola? Es muy americano ¡eh! —reímos otra vez.

—Porque... —por la cara que pone ya veo que va a soltar alguna fresca—. Vendo fundas para tus cuernos, no ¿verdad? —carcajadas a la vez.

—A ver, Marta, por favor —una regañina cómica.

—Vale, paro. Pues ese, sí, San Pedro bendito.

—A mí me gusta: Me cago en San Pedro.

—Tiene más fuerza, y también es más ordinario.

—Es cierto.

Debe ser hora de irse. No sé si será una despedida hasta mañana, hasta otro día o no habrá despedida, quiero decir, que es posible que surja algún plan durante el camino, pero... ¿Quién se atreverá?

Hasta el momento todo fluye sin esfuerzo alguno y la experiencia susurra que en algún momento aparecerá la barrera, el límite que alguno de los dos pondrá respecto a la hora, el día o la proximidad de nuestros cuerpos cuando estemos a punto de besarnos. Espero que no tengas hora de llegar, me escribió en su último mensaje, y creo o quiero creer que en este sentido no habrá problema, pero... ¿Hasta dónde estaremos dispuestos a llegar? Quiero decir ¿hasta dónde estará dispuesta a llegar? Yo sé perfectamente hasta dónde puedo llegar, para que nos vamos a engañar, es más, sé dónde quiero llegar. Me encantaría tener un encuentro sexual con ella, estoy convencido de que no será solo sexual, va a ser también espiritual, va a ser también el encuentro de dos personas que se encuentran y tocan los botones que tienen que tocar, cómo quienes han repasado sus cuerpos una y mil veces, y conocen sus rincones y tocan en el lugar correcto, en el momento exacto, con la intensidad y la fuerza precisa hasta conducirse mutuamente hasta el éxtasis.

Seguro que hay una parte de verdad en lo que intuyo y otra de deseo. Hace ya seis meses desde mi último polvo y solo un mes desde mi último desastre. Una tensión sexual que no se resuelve y cuando llega el día hubiera preferido que no se hubiera resuelto. Me bloqueo, me bloqueo, me decía Puri mientras yo hacía todo lo que tenía que hacer para que se desbloqueara; tócame aquí, bésame aquí, vuelve a tocar aquí, chúpame aquí... Su deseo era mayor que su excitación y la humedad iba y venía pero no se quedaba. Al final y después de dos horas, me faltó un bote de 3 en 1, una pata de cabra y un sargento para poder meter algo allí dentro. Para olvidar vamos, supongo que por las dos partes, seguro que somos mejores amigos que amantes.

—¿Nos vamos? —con su cara bonita y una expresión de quiero y no quiero.

—Sí, vamos. Me están poniendo los mosquitos que no veas, mira cuantas picaduras tengo —

le muestro la espalda y la pierna.

—¡Hala! Tío —y se mea de risa—. ¡Qué bien! Te pican a ti y a mí no —vuelve a reír.

—Ya ves, soy tu repelente particular —reímos a la vez.

Se dirige hacia su mochila, saca la toalla y se la envuelve en la cintura para quitarse el bikini allí mismo. Le digo que si quiere que se la sujete y me dice que no, que no hace falta, que puede. Se quita la parte de arriba delante mío dejando sus pechos al aire con toda naturalidad y confianza. Pequeños, de aureolas marcadas y pezones grandes, desaparecen de mi vista cuando se pone la camiseta. Me pregunto si yo he de mostrar la misma naturalidad, tengo dudas. Haciendo equilibrio para no caer y que no se le caiga la toalla se quita la parte de abajo y la tira al suelo. Lo bien que le queda puesto y ahora se ha convertido en un trapo mojado. Se pone las bragas y lista.

Miro a mi alrededor buscando un lugar para cambiarme, mi pecho ya se lo estoy enseñando, enseñarle mis genitales ahora, fríos, arrugados y pequeños, me da más pudor. En el camino que comunica las pozas de la Riera de Rellinars, estrecho, lleno de vegetación y poco concurrido, me quito el bañador y me pongo los calzoncillos y el pantalón corto. Que bien está uno con la ropa seca y limpia.

De vuelta, observo la cara de Marta y me llama la atención la tranquilidad que desprende su mirada.

—Marta, te ha cambiado la cara —le digo mirando sus ojos relajados y su ceño que conserva señales de haber pasado épocas fruncido.

—¿Sí? ¿Cómo que me ha cambiado?

—Que te veo más relajada.

—Pues normal, me he relajado un montón, además, hoy ha sido un día en el trabajo un poco estresante y llego aquí y me hacen masajitos, caricias, el agua a la temperatura perfecta, el lugar perfecto... Estoy divina, vamos —lanza un gesto tierno de agradecimiento.

Emprendemos el camino de vuelta, va delante y yo detrás. Cuando hemos venido era al revés, pero ahora los dos conocemos el camino.

—¿Cuánto tiempo llevas con los monólogos?

—Pues diez años, más o menos.

—Y... —yo ya sabía la pregunta—. ¿Cómo te dio por ahí?

—Nunca lo adivinarías.

—¿Cómo dices?

—Que no puedes imaginarte como fue —se paró, me miró. Me paré y la miré—. Se me acercó un hombre en la barra de un bar y me dijo que me quería contratar porque le resultaba muy divertido, él tenía una fiesta de cumpleaños y quería que yo fuera el regalo.

—¿Qué dices? ¿Y qué le dijiste? —reemprendiendo la marcha camino arriba.

—Pues que no lo había hecho nunca y que no lo sabía. Me puse muy nervioso. Luego hablé con mi hermana y me animó y acepté.

—Pero conocías a ese hombre que te lo propuso.

—No, lo conocía del bar. Yo acababa el trabajo a las ocho de la tarde y pasaba por allí porque el dueño es amigo mío. Siempre echábamos unas risas y debió ser por eso.

—¡Vaya historia más chula! Tienes una historia ahí para escribir. Bueno y el señor que descubrió tu vocación, no veas, mucho que agradecer.

—Antonio, somos muy amigos. Sí, podría escribirla. ¿Te has dado cuenta de lo más importante? Me pasó en un bar.

—Es verdad. Qué cosas, ¿eh? Pues lo haces muy bien, me reí mucho en la verbena de San Juan, eres muy gracioso —sentencia con simpatía.

—De eso se trata —añado, mientras paso la mano por el romero y me lo llevo a la nariz—. ¡Ummm! Qué bien huele.

—¿Es tomillo? —me dice girando levemente la cabeza.

—No, es romero, pero tomillo también hay —me agacho, arranco un ramillete y se lo doy.

—¡Ummm! Qué bien huele.

—Nos faltaba eso, ponerle un aroma a la tarde —se hace el silencio.

—Mira hacia allí —como el que tiene preparada una sorpresa, y le muestro con mi dedo la montaña de Montserrat que se alza ante nuestros ojos.

—¡Oooh!, que bonita se ve desde aquí —completamente rendida ante la magnitud de la imagen.

Salimos a la carretera B-122 que une Rellinars y Castellbell i El Vilar. Estamos cerca del coche y no hemos propuesto nada. Respiro el resto de aroma a romero y a tomillo que queda en mis manos apurando al máximo los segundos de presencia en este idílico lugar. Miro a Marta y la veo hacer exactamente lo mismo, solo que ella, además de oler cierra los ojos y se sumerge en la esencia.

Hemos llegado al coche y ella se ha pasado de largo pensando no sé en que cosa. Me río y me dirijo a la puerta del conductor.

—¿Te vas Marta?

—¡Uy! Que me paso. ¡Madre mía! que despiste.

Subo al coche con la sonrisa en los labios aún por el despiste que ha tenido, es el único coche a la vista en toda la carretera.

—Va, ¿dónde me llevas? —me dice pillándome por sorpresa.

—¿Dónde quieres que te lleve?

—A picar algo ¿no? Tengo hambre. A ver, no mucha cosa tampoco.

—Yo por aquí conozco el sitio en el que hemos estado cuando veníamos. Ayer nos hizo un bocadillo pero era más pronto, debe estar cerrando. Pero vamos, nos queda de camino.

Conduzco dirección Castellbell i el Vilar, con la montaña de Montserrat delante y dejando la Serra de l'Obac detrás. A nuestra derecha la Riera de Rellinars va desapareciendo hasta llegar a convertirse en aguas del río Llobregat. Dejando el Vilar y el cementerio a la izquierda seguimos por la carretera B-122 hasta enlazar con la C-14011. Justo en el meandro de Castellbell. Voy repasando todos los datos que envié ayer a mi amigo Manolo que también me preguntó como se

llegaba hasta las pozas.

—Estás muy pensativo...

—Intento recordar todos los datos que consulté ayer sobre el pueblo. Un amigo me preguntó cómo se llegaba hasta las pozas y le di todos los datos que consulté por Internet. Y claro, ahora me suena todo. Mira, el río Llobregat nos acompañará hasta donde vamos.

—Ves, tenías que volver parar ampliar tus conocimientos sobre el pueblo.

—Sí claro. En realidad este pueblo me recuerda cuando veníamos a visitar los domingos a mi hermana que vivía en Castellgalí. Siempre pasábamos por aquí para comprar el pollo al ast, bueno y el bar al que vamos, que me encanta. Siempre huele a leña quemada al entrar, vengas cuando vengas, y los barriles de vino le dan un encanto especial.

—Ya veo ya, siempre paras me has dicho antes. Es como un ritual para ti.

—Más o menos.

Bajamos del coche y otra vez vuelvo a contemplarla. Buscando algo de ella que no me guste, siempre lo hago y no sé exactamente cuál es la razón. Es posible que busque la perfección, a pesar de que sé que no existe y acabo fijándome en la imperfección. O quizás sea porque siempre he dado por bueno lo que no era tanto y eso ha hecho que haya estado con chicas que no me gustaban. Me he acabado precipitando por no estar solo y eso solo puede acabar de una manera, mal. Ahora después de veinticinco amores, cuarenta y dos líos y setenta y nueve rupturas, mis amigos me dicen que tengo el listón muy alto. Yo creo que no, que ahora simplemente quiero elegir.

Entramos al bar restaurante “El Caliu” y saludamos con energía.

—Buenas tardes —digo mirando al camarero.

—Hola —contesta.

—¿Cómo lo tienes para cenar algo?

—Estoy cerrando ya, que si no me alargó... y mañana tengo que abrir pronto.

—Claro que sí —le digo. Miro a Marta que ya se encara hacia la puerta para marchar. Le pongo la mano delante justo a la altura de la cintura para detenerla—. Bueno una cerveza sí que nos pones ¿no?

—Sí claro, eso sí.

—Pues una clara por favor.

Marta ha entendido que mi gesto de parar su huida tenía que ver con eso.

—¿Tú qué tomas Marta?

—Yo nada. Beberé de la tuya un poco.

—A ver, eso se hace cuando ya se lleva un tiempo de relación —sonreímos los dos.

—Y quiero unas olivas o unas patatas.

—Ya se ha lanzado —digo, resaltando la desfachatez con la que lo ha dicho y volvemos a reír.

El camarero nos sirve la cerveza y las patatas, y nos empieza a explicar un poco su vida. Lo escucho atentamente, nos explica que ahora cierra porque se está preparando para no sé que carrera de alta montaña y necesita entrenar. En el bar nadie está prestando atención a sus palabras, parece un ambiente muy familiar; Jordi, dime que te debo pero no me cobres de más que nos

conocemos, recuerda que la primera te la ha pagado “el Josep”. Le dice un chico que va vestido con ropa de trabajar en la obra y que mezcla constantemente el castellano y el catalán y hace expresiones muy graciosas.

Jordi vuelve a retomar su historia de la preparación para la “cursa”, esta vez no lo escucho con tanta atención y Marta lo mira atentamente pero no sé si está por todo lo que dice, que no es poco, o por degustar las patatas y dar un trago a la clara.

—Voy al lavabo —me dice e interrumpe. Pone las manos sobre su mochila y me sube las cejas indicando que la deja sobre el taburete, que esté al tanto.

Ahora estoy solo ante el peligro.

—Pues sí —vuelve Jordi al ataque—, me estoy preparando porque he de llegar bien de peso, he perdido treinta quilos ya, solo con ejercicio ¡eh!, no hago ni dieta ni nada, eso sí, he dejado el gimnasio porque había subido mucho en los últimos años, una barbaridad, piensa que estaba levantando ciento treinta quilos en sentadillas y en press de banca cien, una burrada para el tiempo que llevo —y se lanza—, pero claro, como tengo tanto volumen, porque además soy alto, estoy pesado y claro, pesado no puedo ir a una “cursa” así porque me van a fundir y prefiero entrenar cada día, mira ahora cojo y subo a Montserrat y bajo por la ruta que a mí me gusta y me voy solo ¡eh!, porque yo entreno solo, porque nadie me conoce mejor que yo, y yo me marco mis tiempos en mis tramos y cuando quiero ser más competitivo me voy con alguien, pero piensa que mañana a las seis abro aquí y estoy todo el día, esto es un negocio familiar de más de veinticinco años de historia y al ser familiar tenemos que estar la familia —obvio—, si contratas a alguien ya se te va de las manos porque todo es gasto y para sufrir viviendo hasta el cuello de gastos, pues prefiero sufrir entrenando —no sé cómo estoy vivo aún y no me desmayo—. Pero esa es la vida, una competición constante —cruza los brazos y apoya su cintura sobre el mueble que tiene detrás. ¡Mierda! Se está poniendo cómodo, me va a triturar con su historia—. No sé si me explico, que trabajar tanto para nada no tiene sentido, he dejado el gimnasio de golpe ¡eh!, para poder bajar peso y ya casi estoy, me faltan diez quilos solo.

¡Dios! Le faltan diez quilos por perder y un disparo en la frente para que se calle, pienso.

¡Menos mal!, justo ha llegado Marta del lavabo. La miro, me mira, da un trago a la clara, yo doy otro trago para acabarla y sin dejar tiempo para nada más me apresuro a pagar.

—Cóbrame Jordi por favor.

—Voy —y viene, pero lento, no sé si es la relajación de los pueblos o su cansancio—. Tres euros —añade.

Ya tenía el dinero preparado en la mano, lo dejo sobre la barra y aprovecho para constatar que es un hombre grande, aunque no veo tanto gimnasio en su cuerpo como el refiere, y es que en los gimnasios ya se sabe que a veces se exagera demasiado.

Cojo mi mochila, me la cuelgo de un solo hombro y me dirijo hacia la puerta, me detengo antes de atravesar la cortina de canutillos de plástico de colores y me giro para dejar pasar a Marta.

—¡Hasta pronto familia! —digo con ímpetu y con la certeza de que voy a volver.

No sé qué le pasa a este hombre hoy, está más pesado de lo normal o yo tengo menos paciencia.

—Vaya chapa me ha pegado con la “cursa” de montaña, qué pesado estaba hoy —le digo a Marta mientras ocupa el asiento del copiloto.

—Un poco sí ¿no? A lo mejor es así, le gusta hablar.

—No lo recuerdo tan pesado, ha habido un momento que no paraba ni para coger aire. Pero ahora que lo dices, alguna vez nos contó también de unas pozas para bañarse que conocía en Beceite.

—Tiene temario entonces —sonríe.

—Sí, ese no es el problema. El problema es que no se le acaba, precisamente.

—De cara a los clientes le debe ir bien, dicen que los camareros son también psicólogos.

—Eso dicen, tiene más de leyenda que de verdad. Yo no lo veo así al menos —me incorporo a la C-58 sentido Terrassa.

—¿A no? Y... ¿Qué es lo que tú ves? —me interpela, esperando una explicación.

—Creo que hay tres tipos de camareros; el pesetero, el seductor y el malhumorado o cómo diría mi madre “el malafollá”.

Marta se ríe con ganas y sorprendida de la clasificación por caracteres.

—¿Qué dices? ¿De verdad tienes clasificados a los camareros? A ver, cuéntame esa teoría.

—Hablo de camareros que son propietarios del local a la vez.

—Ya, ya, te entiendo. A ver cuenta, cuenta...

—El pesetero solo ve dinero en los demás, es decir, solo le importa la caja. Suelen ser muy pacientes y se adaptan bien a los giros y dificultades que proponga o aparezcan con el cliente. Escuchan bien y parece que empatizan pero no lo hacen, es más, no muestran sus emociones casi nunca para no sentirse vulnerables. Están trabajando. No te engañará, pero al tanto, no te dirá toda la verdad.

—Es curioso que pienses o interpretes eso, yo aunque quisiera no lo podría hacer.

—Son observaciones siempre subjetivas ¡eh! Supongo que por defecto profesional.

—Me da la sensación que “al pesetero” lo ves como mala gente. ¿Puede ser?

—No, para nada, no lo son. Si le pides ayuda te la dará.

—Incluida... ¿La económica?

—Y tanto, tienen dinero, no lo olvides. Saben perfectamente que cualquier ayuda que brinden se volverá a favor de ellos. Volverás a ir, lo devolverás y seguirás siendo cliente y gastando allí.

—Hombre visto así... —me dice como el que se empieza a plantear algo—. Bueno va, el seductor —me dice impaciente y yo me río antes de empezar.

—El seductor es un cachondo, su herramienta es la risa en la cara y la broma. Se muestran alegres y sensibles, y esto gusta mucho. Son gente muy cercana, te sientes a gusto en su bar, y si te tienen que invitar te invitan, no les va de eso.

—Me viene uno a la cabeza, ahora que lo dices.

—Suelen tener un ambiente muy familiar, ideal para cafeterías cercanas a colegios —me sale un carcajada espontánea a la que se suma Marta—. Y luego está el malhumorado —no dejo que me dé paso, me adelanto—, en su bar manda él y punto. Da un servicio y un producto, si te gusta bien y si no ahí está la puerta. Suelen tener clientela muy fija y participan en las conversaciones y debates que surgen, ya sean de política, de fútbol, de mujeres o de hombres, y dispuesto a llevarle la contraria al cliente si es preciso. Si se enfada el problema es suyo.

—En algunos bares no te dan ni los buenos días.

—Ese es el “malafollá”, un termino muy gaditano.

—Y el chico del bar que hemos estado. ¿Cuál crees que era?

—El seductor, claramente, pero la variante “come ollas” —reímos a la vez.

—¿Y tú? ¿Cuál prefieres? —me dice curiosa como nunca.

—Yo prefiero... los tres.

—No puede ser, elige uno —me pide con firmeza.

—Me gusta chincar y hacer reír al malhumorado, divertirme con el seductor y sacar a la luz las artimañas del pesetero.

—Qué tío, eres tremendo —y sonrío.

Suena “La señorita hermafrodita” y subo el volumen mientras muevo la cabeza al compás de la música.

—Puedes cantar si quieres —me dice, y la miro sorprendido porque me gusta cantar en el coche—. Si no estuviera yo, ahora mismo estarías cantando.

¿Cómo lo sabe? Ya me conoce un poco más, pero no lo haré, no vaya a ser que no le guste cómo lo hago y se estropee todo. O puede que quiera que cante porque le gusta la gente que canta y vive la música ¡Dios mío! ¿Qué hago?

Se acaba la canción y empieza “De pequeño”, y con ella se abre una ventana de posibilidades. Ya no es necesario que cante ni que piense mucho más, es cuestión solo de devolver la pelota a su tejado.

—Mira esta canción, habla de ti —le digo y subo el volumen de la radio esperando el momento justo para regalar sus oídos.

“De pequeño me enseñaron a querer ser mayor,
de mayor quiero aprender a ser pequeño...”

—¡Hostia sí!

—Como me has dicho que tenías dos años...

Y empiezo a cantar...

Dime si se puede

Al pasar a la altura del polígono industrial de Viladecavalls, Marta alza la mano saludando a la empresa en la que trabaja desde hace unos cuantos años. Hasta mañana, ha dicho y la empresa no le ha devuelto el saludo ni nada, nadie ha tirado petardos ni ha lanzado cohetes al aire para agradecer el gesto, es más, el único que ha visto el gesto he sido yo, que no trabajo en ese lugar. Somos así, en ocasiones hacemos esas cosas, saludamos a elementos de la naturaleza y objetos

que no nos van a contestar, y no deja de ser gracioso el hecho de saludar y no exigir saludo a cambio. A mí me pasa en la montaña, a veces me sorprende despidiéndome de ella o hablando a un árbol. Que grande y bonito eres le digo. Obviamente nunca me han contestado y espero que no lo hagan, pero sí me llama la atención el hecho de contemplar el silencio como una respuesta. Se podría aplicar a las personas, contestar o no contestar como una opción, sin que eso no sea visto o juzgado como un gesto de rechazo o mala educación, simplemente la necesidad de la persona de permanecer en silencio.

—Oye —me dice, rompiendo el silencio.

—¿Qué oigo? —le digo.

A ver, no soy de piedra, esta vez he de contestar porque es la primera cita. Pero le diré lo del silencio a ver si lo quiere poner en práctica conmigo.

—Y... —me dice pensativa, y yo pienso, cuidado—. ¿Conoces alguna historia de amor que haya surgido en un bar?

—¿Me preguntas por el amor a las nueve y media de la noche? A ver ¿quieres decirme o proponerme algo? —digo con una leve sonrisa de pícaro.

Se ríe, y se dispone a argumentar el motivo de su pregunta.

—Digo yo, que si hay tanta gente y tantas historias también las debe haber en ese sentido. Historias de amor, de sexo, de infidelidades, de medias naranjas...

—Claro que las hay, sin ir más lejos, en nuestro barrio (Les Arenes) hay más de una historia de infidelidad entre cliente y camarera, alguna incluso se llevó a duelo de navajas entre el pretendiente y el marido, como en el mismo Oeste pero sin pistolas. También hay casos de jefes y empleadas que se enseñan sus virtudes y se las comen cuando bajan la persiana.

—¿En serio?

—Se comen todo muy en serio, sí, sí. Tan en serio que luego lo que tienen en casa les parece una broma —me echo a reír y ella también—. Historias de amor hay muchas, tantas como personas vienen, todas hablan de amor, unas hablan de su madre o de su padre, otras de sus hijos, otras de sus parejas, otras de Dios, pero todas hablan de amor. Del amor que les falta, del amor que les gustaría, del amor que pueden dar, del que quieren recibir, y siempre con metáforas; problemas económicos, problemas de salud, follarse mucho, tener la razón, creerse el mejor, hacerse el filósofo, drogarse cuando no salen las cosas... Pero en realidad todo es por amor.

—Y... ¿Qué es para ti el amor?

—Buena pregunta —pienso por unos instantes—. Yo digo que el amor es querer y sentirse querido. Sentir las dos cosas a la vez, por separado es incompleto.

—¿Y si no hay amor?

—Si no hay amor, hay la necesidad de querer y sentirse querido. Si negamos eso, aparecen todas las metáforas de las que he hablado antes.

—Entonces, entiendo que no hablas del amor en pareja.

—No, hemos aprendido a relacionarnos con la pareja, posiblemente, de la peor forma que se puede entender el amor. Posesión, exigencia, dependencia... Por eso del amor al odio hay un paso. Cada vez se está trabajando más en el sentido contrario, en el de las relaciones de pareja sanas, en las que cada uno crece por separado y juntos crecen en común. Que te voy a contar a ti,

que tú no sepas.

—No es fácil.

—Claro que no, nada lo es, sobretodo si exige cambios y los cambios se han de empezar por uno mismo.

—Dices que del amor al odio hay un paso, pues te estoy empezando a odiar porque tengo un hambre... y estamos llegando a Terrassa y no me has dicho por qué comida te dejas querer. —me mira riendo y yo la miro incrédulo por su capacidad de escapar de lo profundo.

—Pues me siento querido por —me empiezo reír para seguir su juego—, unos tacos del Mex Terra.

—Pues si eso es lo que surge del amor, quien soy yo para oponerme —nos reímos y sentimos cómplices en el juego de palabras—. ¿Aparcas por casa y nos vamos caminando?

—Perfecto, buena idea.

En realidad creo que lo que quiere escuchar es una historia bonita, de esas que tienen su magia al principio, con enamorados que pierden los papeles y están dispuestos a todo, y si acaba bien pues mejor y a esperar a que hagan la película. Si sale mal, pues tampoco se hablará mucho de ello. O es posible que eso quiera oírlo yo, pero no tengo ninguna de ese tipo en mi tarjeta de memoria, debe ser porque las veo pomposas y empalagosas en ocasiones. Sí que me llamó la atención la historia de Dinia, seguro que a ella le gustará oírla.

—¿Sabes que me pasó hace un par de semanas?

—Pues no, creo que no habíamos hablado nunca —me dice con simpatía.

—En la calle Mossen Àngel Rodamilans hay una tienda de ropa que se llama Kuka Moda y la propietaria es amiga mía. La calle esta que te digo es perpendicular a la que vive tu hermano, la de la farmacia ¿sabes?

—No caigo ahora... ¿La que sube? La de la administración de lotería.

—Justo, esa. Un poco más arriba de Cal Txetxu está la tienda de Isa y de vez en cuando compartimos un ratito de café o cerveza, y algún día hemos comido. Pues el otro día me invitó a comer con ellas, ella y su amiga Dinia, y me sorprendió la historia de esa chica.

—¡Cuidado que te pasas mi calle! Es esta —me indica.

—¡Uy! sí. No puedo hacer dos cosas a la vez.

—Va sigue. ¿Qué te sorprendió?

—Estaba en su casa un día entre semana a las once y media de la noche, metida en la cama ya con su pijama y su libro en mano, la traición de su pareja en el corazón y la separación en la cabeza.

—¿Qué quieres decir? —lo había entendido perfectamente pero negaba lo evidente.

—Pues eso, que hacía tan solo un mes y medio que había descubierto la infidelidad de su pareja. Una infidelidad de ves a saber cuánto tiempo. Había decidido separarse de él, pero no fue rápido ni fácil.

—Suele pasar... —añadió.

—Bueno, pues a esa hora recibió una llamada de teléfono.

—Y... ¿Quién era?

—Un error, un ingeniero en telecomunicaciones que justo acababa su jornada laboral y de camino al hotel preparando la agenda para el día siguiente quiso llamar a no sé quién y llamó a Dunia. Contestó a la llamada como si nada y rápidamente se cercioró que aquello no iba con ella. Creo que te equivocas, le digo, y la persona que estaba al otro lado, se disculpó y repasó el número en voz alta, cuando llegó al número que fallaba, Dunia le interrumpió para indicarle que ese no era su número. Has llamado a Terrassa, en Barcelona, supongo que lo sabes ¿no?

No lo sabía, él llamaba a un número de teléfono móvil, y solo por un número, esta vez, contrario a lo que sucede siempre, le tocó el premio. Se disculpó siete veces más y ella lo disculpó nueve, le dijo que la dejaba dormir y ella le dijo que él debía descansar, que era tarde para estar trabajando aún. Él le dijo que no se preocupara por eso y ella le dijo que no se preocupara por ella tampoco. Solo que se había asustado porque creía que era una llamada del hospital por su madre. Se disculpó otra vez, ella los disculpo otra vez, y ya van diez.

—¡Hostia! Pero es genial la historia —me dice Marta sorprendida.

—Lo mejor viene ahora —añado con cara de interesante—. Al día siguiente la volvió a llamar para preguntar qué le pasaba a su madre, que se había ido a la cama pensando que estaba enferma en el hospital.

—¿Nooo? —sorprendida.

—Tal cual, imagina que bien le debió sentar aquel toque de atención hacia ella.

—Y... ¿Volvieron a hablar?

—Claro, de hecho ya no dejaron de hablar. Él le dijo que debía ser muy joven por el tono de voz y ella le dijo que no, que cumplía cuarenta y seis años el treinta de mayo. Pues la llamó para felicitarla.

—Hostia que tío —me dice riendo.

—Ella lo llamó el trece de junio día de San Antonio, para felicitarlo.

Sonriendo me mira y mientras abre los ojos, sus enormes ojos, niega con la cabeza.

—Vamos, tal para cual —me dice.

—Cuando me explicó lo sucedido me quedé perplejo, como tú. Al mismo tiempo, al escucharla de su boca a tiempo pasado descubrí que el corazón de esta historia era pura poesía y merece ser interpretada, escrita, cantada...

—Y tanto que sí, lo es de verdad, es pura poesía.

—Les resultó tan agradable el equívoco que cuando hablaban se despedían como dos nuevos amigos, con timidez y la certeza de que quieren volver a hablar. No tardaron mucho y las siguientes llamadas, ninguna fue por error.

—Imagino —me dice con énfasis.

—Hablaban de vez en cuando, después cada día, luego más de una vez al día, hasta que llegaron las conversaciones en las que uno habla de problemas y el otro escucha, y después las conversaciones en las que juntos encuentran soluciones a sus problemas.

—Ya, y luego quedaron para verse un día imaginario.

—Pues sí, durante ocho años se han estado viendo cuando podían, aprovechando periodos vacacionales y fiestas. Hasta ahora que viven juntos en Madrid.

—Sin duda, es una historia bonita.

Lo he adivinado, la historia de Dinia le ha gustado. Es la típica película americana de sobremesa que ocurre a alguien de un entorno cercano.

Ahora sí, después de una buena historia de amor, solo puede haber un buen beso o una buena cobra. No sé cómo hacerlo; puedo decirle que me apetece darle un beso, a ver que le parece. Si me dice que a ella también le apetece será genial, y si me dice que no, también será genial reencontrarse con el rechazo, con gestionar que me ha dicho que no. No será genial, será una puta mierda subir al coche de vuelta a casa con el NO retumbando en mi pecho y mi mente diciendo esas cosas que dicen las mentes cuando uno fracasa, que además, son siempre las mismas, durante toda la vida. Después sé que a fuego lento reposará e irá cambiando hasta ser solo un recuerdo y también sé que no es la primera vez que me dicen que no, pero no me apetece. Me apetece que me diga que sí, que a ella también le gustaría y nos besemos mucho y después, como dice mi hijo cuando le pide salir a una chica y le dice que sí, celebrar la victoria de Esparta. También puedo aprovechar un momento de complicidad, agarrarla por la cintura con una mano, poner la otra en su cara y besarla apasionadamente, y si ella me besa, mi mano abierta se deslizará por su cara acariciando su mejilla y su pómulo, pasando por su oreja y sus pendientes de coco con la palma y con los dedos por su pelo hasta llegar a su cuello y, levemente la acercaré más a mi boca, a mis labios, a mi lengua. Si sale mal, tendré que pedir perdón por no pedir permiso.

No he visto en ningún momento ningún gesto que me indique que quiere besarme, es posible que no quiera, o simplemente quiere y no quiere demostrar que quiere. Madre mía que lío.

—¿Quieres ir al Chumi Churri a comer un bocadillo? —me dice.

—No... si hemos quedado en ir al mejicano.

—Sí, por mí sí, era para tener más opciones.

Ya sé algo más, lo que sí que tiene, seguro, es hambre.

Bajamos por la calle Prim en dirección a las Torres del Siglo XXI, veo la chimenea de TISA que me recuerda el pasado de la industria textil en Terrassa y a mi padre.

—Que vacía está esta zona de la ciudad, con lo que se presumía de lo que iba a ser todo este complejo —le digo.

—Es cierto. ¿Recuerdas las tiendas, los cines y todo lo que había cuando hicieron las torres? Queda bien poco de todo eso...

Sabes que... me apetece besarte, dime si se puede, no tardes por favor, pienso.

Guardianes de la naturaleza

- Elías, dime una cosa —me dice, y yo pensando en...—. ¿Has pensado el título del libro?
- Pues no —vaya decepción la mía, y yo que preparaba el momento beso.
- Vaya, pues va siendo hora quizás.
- ¿Tú crees? Tampoco es tan importante el título, considero.
- ¿Solo tienes la historia de Antonio? La que me has leído esta tarde.
- No, tengo más, y he de incorporar la de Dinia, si me da su permiso.
- Ya, pues puedes leerme alguna más ¿no?
- Pero ahora por la calle... y con el hambre que tienes, no creo que me escuches. Me río del comentario.
- ¿Me dejas tu cuaderno?
- Jamás, ni a ti ni a nadie, es mi alma.
- Pues léeme algo tú, anda —insiste.

—Mira, dime tu correo electrónico que te envió alguna historia, pero se nos va a hacer tarde y no nos van a dar de cenar en ningún sitio.

—Pues pásamela y cuando llegue al Mex Terra la leo en un momento.

—Ok, pues ahí va, volando. Pero esta vez te pido yo el favor.

—A ver, pide por esa boquita.

—Como es documento de Word lo puedes leer en voz alta y así escucho la narración, a ver que tal suena.

—A ver, ya lo tengo, se llama... La esquina. Voy ¡eh! —impaciente ella.

—No hemos entrado, no vale —le digo advirtiéndole fallo en su compromiso de esperar.

—He visto que es cortita, nos da tiempo —se ríe.

—Y aunque hubiera sido larga, también lo hubieras hecho.

—Va, si no hemos llegado aún —me dice de forma muy canalla y sabiendo que estamos ya a cincuenta metros—. Voy, y por favor no interrumpas, es de mala educación.

Nos reímos a la vez, yo de su atrevimiento y ella de su astucia, y se dispone a leer.

—No, para un momento —la interrumpo—. Necesito que me escuches un momento solo, por favor.

—A ver, dime.

—Quiero que sepas que añadiré una historia sobre algo que has dicho en el río.

—¿Ah, sí? ¿De qué estás hablando en concreto? —me dice sorprendida.

—De los guardianes de la naturaleza.

Nos hemos reído a la vez y será la que hace cincuenta y siete.

Ayer cuando estuve en el río me llamó la atención una roca que tenía cara de pez, o mejor dicho, yo le veía cara de pez desde el ángulo que la miraba. Cogí una piedra con residuo de tierra que me permitiera pintar y me estiré sobre la roca boca abajo, alargué el brazo y le dibujé un ojo en la parte que consideré que iba el ojo de un pez. El resultado fue maravilloso, realmente parecía un pez, el hecho de que la roca se adentrara en la poza destacando sobre las demás le daba aún más relevancia. En la parte de abajo, casi tocando el agua, se perfilaban los labios de la boca del pez.

Cuando Marta ha visto hoy el dibujo, lo ha visto claramente, es un pez. Son los guardianes de la naturaleza ha afirmado con rotundidad y acto seguido ha empezado a definir caras en las nubes, en las montañas cercanas, en las cortezas de los árboles y en las rocas. Me he reído un buen rato, la verdad, y acto seguido he comenzado a descubrir caras que me miraban, he de decir que alguna de forma abstracta, o todas casi. El pez que veía ayer, hoy desde otro prisma, me parecía una ternera con la lengua fuera, como riéndose de nosotros y nuestro juego.

La suerte que hemos tenido es que, a pesar de ver caras, ninguna era de ningún profeta, apóstol o virgen, y no ha sido necesario construir una ermita, ni llamar a los medios de comunicación, ni preparar la romería del año que viene. Aunque nosotros que vivimos en un país laico, podríamos fantasear con que se nos ha aparecido una imagen y a pesar de que tendríamos detractores, seguro que también tendríamos seguidores y algunos euros sacaríamos; hay gente que

vive así desde hace muchos años. Y en otros lugares por fantasear, solo fantasear, con un tema tan serio, nos costaría la vida, parece una broma.

—¿Te ríes de mí? —me dice.

—No, no, para nada, me ha resultado curioso, solo eso. ¿Sabes?... Creo que es contagioso porque ahora veo caras por todos lados.

—Ya te vale, pues que sepas que no te sirve esa historia porque no sucede en el bar ni en las proximidades.

—Eso último es cierto, pero hay un símil.

—Sorpréndeme...

—En los bares están los guardianes de los bares, siempre las mismas caras, ocupando el mismo lugar y lamentablemente hablando siempre de lo mismo.

—Visto así... Me lías, Elías. Eso es lo que creo —me dice con una sonrisa.

Entramos en el restaurante de comida mejicana Mex Terra, en la plaza Nova. Nos han dado dos opciones, y he elegido la que creía más acorde a la cita, la mesa de la esquina, con la intensidad de luz apropiada y con cristaleras al frente y a mi derecha. Es ideal para hablar, para comer, para desconectar e incluso para escuchar una historia escrita por uno mismo en la voz de otra persona.

—No leas aún, espera que pidamos —le digo con recochineo.

—Sí claro, ya no me va de cinco minutos.

No he estado nunca cenando o comiendo en este lugar pero mis hijos me han hablado maravillas, de sus tacos dorados, del alhambre, de las sincronizadas, de los nachos, y muy importante, de la atención del personal. Saben perfectamente, que soy un amante de lo que procede del país azteca, su cocina, su música, sus artistas. Desde pequeño me han oído cantar rancheras de José Alfredo Jiménez, de Javier Solís o de Juan Gabriel con la colaboración de la irrepitible Rocío Durcal. Hoy en día escuchamos referencias a ellos de manos de nuestros cantantes favoritos, Vegas, Bunbury, Calamaro, León Benavente... ya sea en versiones o en citas dedicadas a ellos.

Nos traen la carta y nos piden la bebida, ella un vichy y yo una cerveza. Pediremos platos para compartir, algo vegetal y algo de ternera, si puede ser sin que esté frito, es tarde y uno ya no tiene el estómago tan radiante como años atrás. Una margarita vegetal y una sincronizada de ternera con mil delicias más, pedir por pedir porque la carta es tan amplia que nos hemos perdido.

Desbloquea la pantalla de su teléfono, me mira advirtiendo que si la paro otra vez tendré problemas y se dispone a leer en voz alta.

La esquina

—Hola bonito, tómate lo que quieras que lo pago yo.

—Gracias Luis, gracias amigo, pero me voy a ir pronto, no me quiero liar.

—Bueno hijo, no me desprecies así —me dice con esa ironía característica en él mientras lanza una sonrisa—. ¿Y el chiquillo? ¿Está contigo o con su madre? —típica pregunta a un padre del siglo XXI—. Por la chiquilla no te pregunto porque como ya me dices que va y viene sola... no porque no me importe ¡eh! Pobrecita, claro que me importa.

—Están en casa Luis, a su aire. Este fin de semana están conmigo —típica respuesta de un padre del siglo XXI.

—¿Tienes algún bolo hoy?

—No, trabajé anoche en Tarragona.

—¿Y cómo fue?

—Fue divertido, la verdad. La vuelta a las dos de la madrugada no tanto —le digo

sonriendo.

—Bueno, pero mientras conduces te puedes echar una cabezadita, si es que os quejáis por todo —me dice, luciendo su sonrisa canalla. Luis se ríe dando saltos, y expulsando aire, una risa que viene desde muy adentro.

Luis, siempre preocupado por mí, mi trabajo y mis hijos. Un hombre alto, corpulento y de pelo canoso y fino que peina hacia atrás y deja las ondas marcadas por el peine. Sus gafas, que renueva con frecuencia porque las rompe o las pierde, adornan una cara de tez blanca como su barba y arañas vasculares en los laterales de su nariz. Un señor educado, culto y con un sentido del humor muy inglés que sorprende a cualquiera.

Es de los que vuelven, sin duda. Luis no tiene problemas para volver, los tiene para irse y los tiene en todos los sentidos, le cuesta dejar su taburete en la barra y le cuesta llegar a casa; “Chupandi vivendi” llama él a los combinados de ron con cola que en ocasiones lo hacen tambalear como la virgen en la procesión pero sin ritmo ni dirección. Cuando ese cuerpo de 1,85 de altura empieza a hacer movimientos raros, da la sensación que las piernas y el tronco han llegado unidos pero se quieren ir por separado. Una noche tropezó, el cuerpo se adelantó a sus piernas y como los atletas; cabeza hacia adelante y lanzando los brazos al aire en plan molinillo buscaba una pista de aterrizaje que, según explica, no llegaba nunca, y jura que recorrió más de cincuenta metros en esa posición hasta que frenó contra una pared. Aquel día Luis salió de casa dispuesto a comerse el mundo, pero se comió una esquina, con dos aceras y una bombilla encendida.

Fueron importantes las lesiones en la cara. Fisura del tabique nasal y lesiones por rozaduras en la barbilla y en la nariz. El hematoma posterior se extendió por los dos pómulos y el globo ocular, dejando su cara en un baño de colores; rojo, azul, morado y amarillo, y sus ojos ensangrentados.

Hay un secreto que Luis conserva y nunca me desvela, aunque me da pistas de vez en cuando. Eres como el hijo que no he tenido, me dice, y la acompaña con un abrazo. Es una frase que me resulta agradable al oído y un cuchillo sin punta para el corazón.

Me lo ha dicho en varias ocasiones, cuando hemos ido a ver un partido del Barça, cuando he aceptado una invitación suya para comer o cuando algún día lo he visto salir tarde del Eclipse, y lo he acompañado para que no tenga más accidentes y sobretodo, para que nadie pueda arremeter contra él a esas horas de la noche.

Tú eres como mi padre le digo yo. No se parece en nada pero no hay mejor padre que el que lo quiere ser, y nunca está de más dejarse querer por alguien que procesa un amor sincero y profundo como el amor hacia un hijo. Nunca me he atrevido a preguntarle, ni siquiera cuando hemos estado hablando de temas personales, aprovechando un viaje o un momento de calma y soledad en la barra del bar. Luis tiene historias maravillosas que explicar; de su lucha contra el fascismo, de sus fiestas en su juventud, de su grupo de música y grupo de amigos, de su casa, su mujer y sus hijas. Lo que me puede decir de su deseo de tener un hijo me puede impresionar, me

puede emocionar e incluso puede hacer que no quiera ser más su hijo. El silencio mantiene esta relación alegre y viva, llena de respeto y admiración mutua. Sin duda alguna, un amor de barra.

Luis me escribe cuando me voy sin despedirme, Luis me escribe cuando hace días que no me ve, Luis me escribe cuando gana el Barça, Luis me escribe cuando pongo fotos en mi estado de whatsapp ya sean de familia o de mis actuaciones. Solo le falta decirme que me abrigue cuando salgo a la calle en invierno y preguntarme si he comido.

En una película de Quentin Tarantino, sería el personaje que aparece en la vida del protagonista y el espectador no entiende, de momento, el sentido de su aparición, ni siquiera si es relevante. Deberá concluir el film para que se desvele la trama, para saber quién es, qué ha venido a decirme, qué ha venido a enseñarme o si simplemente es el MacGuffing de mi historia.

Mi primer amor

—¿Qué tal, te ha gustado? —me dice sonriendo—. Leo muy bien, eso es importante, no todo el mérito va a ser del escritor.

—Que importante es escuchar lo que se escribe en la voz de otra persona. La historia desde fuera tiene otros matices, es como ver una película o que te la cuenten.

Hay un apagón en el restaurante y todo ha oscurecido de golpe, ha sido un corte rápido y al

volver la luz, suena con mucha fuerza una ranchera; “La cama de piedra” de Miguel Acebes Mejías y me paro automáticamente. Levanto el dedo índice de mi mano y coloco mis ojos hacia arriba como indicando que viene un sonido desde lo alto, que hay que prestar atención, que vale la pena.

—¿Conoces esta canción?

—Sí claro que la conozco, es una de las grandes.

—Menudo friki estás hecho —se ríe.

—Ahora sí que parece un restaurante mejicano, bueno, me faltan unos disparos al aire, quedaría auténtico —reímos ante la barbaridad que acabo de decir.

Marta da un trago a su vichy, es delicada cuando bebe, sus movimientos son muy suaves, no golpea el vaso en la mesa al dejarlo, ni hace ruido con los cubiertos, pero es que no le recuerdo un gesto que haya generado un ruido en toda la tarde, ni un portazo al bajar del coche, ni arrastrar la silla al sentarse o al levantarse. Me encanta esa discreción, esa sutilidad, cuando camina parece que no pisa el suelo, tan solo que se apoya para llegar de un lugar a otro, agradeciendo cada pisada que le permite la tierra. Creo que la tierra se debe sentir privilegiada cuando se posan en ella esos pies pequeños y moldeados, con las uñas pintadas de rojo. ¡Joder!, de rojo.

—¿Qué piensas? —me sorprende.

—No nada, cosas mías, sin importancia —si te dijera lo que pienso...

—Te vas por ahí con tus pensamientos y me dejas sola. Que fuerte me parece, si eso lo haces la primera vez que quedamos... que no harás en la segunda.

—No mujer... —sonríó tímidamente—. He leído un libro hace poco que aborda el tema de la amistad entre hombres y mujeres; hablo de amistad, con todo el peso de la palabra, no de gente que comparte momentos pero en realidad después no sabe nada el uno del otro. ¿Me explico?

—Sí, sí, te entiendo.

—Pues los protagonistas se conocen en la universidad haciendo un trabajo en común... No recuerdo de que era. Al grano, cada vez pasaban más horas juntos, buscando información en bibliotecas y entrevistando a personas, lo que hizo que el vínculo creciera cada vez más y la confianza también. Los chicos crearon un juego, cuando uno de los dos sorprendía al otro en otro lugar que no fuera el presente, lo que viene siendo estar en babia, le acechaba con una pregunta a la que el pensativo no se podía negar a responder.

—¿Cuál era la pregunta?

—¿En qué estás pensando? Uno, dos, tres... y a la de tres tenían que decirlo.

—Que juego más divertido, y complicado a la vez.

—Pienso lo mismo, te convierte en transparente y eso fácil, fácil... no es.

—Claro que si los dos cumplen y se acostumbran desde jóvenes, debe ser más llevadero, y debes acabar conociendo a la otra persona mucho, y la otra persona a ti, claro está. ¿Qué libro es?

—Se llama “Nosaltres dos” de Xavier Bosch. Lo tengo, ya te lo dejaré si te apetece leerlo.

Llegan los platos a la mesa y empezamos a degustar, la comida está excelente, rica en sabores y aromas, y solo se nos oye un: ¡Ummm! de vez en cuando. Poco a poco vamos evolucionando el mensaje y añadimos otras expresiones tales como: ¡Dios qué bueno! ¿Has probado esto? ¡Que bueno todo! ¡Joder, cuanto sabor! ¡Qué viva zapata! ¡Jalisco no te rajes! ¡Qué viva la virgen de Guadalupe!...

Acabamos riendo como no puede ser de otra manera, en este juego de niños con los sentidos abiertos de par en par, alegrando al paladar, alegrando a nuestros ojos que brillan cristalinos y regalándonos los oídos. Si me pregunta ahora en que estoy pensando y quiere que le diga la verdad, tendremos un problema; no lo hará porque no estoy pensando, los sabores y aromas me están transportando a lugares donde no he estado nunca. ¿Cómo es posible?

Deja el tenedor sobre la mesa, sin hacer ruido claro, coge la servilleta y se limpia suavemente los labios, dobla la servilleta con sumo cuidado y la vuelve a dejar sobre la mesa, en el lugar que estaba. Me mira, apoya el brazo derecho en la mesa, apoya todo el antebrazo hasta el codo de forma horizontal, repite lo mismo con el brazo izquierdo ocupando el ancho de la mesa y dejando las dos manos en contacto, una encima de la otra, en el espacio que hay entre el plato y ella. Respira, me mira y sus ojos se van a otro lugar que desconozco.

—¿En qué estás pensando? —le digo—. Uno, dos, tres...

—En lo bien que estoy.

Si me viera Luis estaría orgulloso, lo está sin verme, pero si me viera lo estaría más aún por los buenos momentos que estamos viviendo esta tarde noche. Desconoce por completo que haya escrito nada de él ni de su vida, y sé que no le va a importar, todo lo contrario, seguramente le encanta la idea de que haya pensado en él para hacer algo tan personal como un libro.

—Marta... ¿Qué te parece la historia de Luis?

—Me ha parecido que tienes una forma de relacionarte con las personas muy especial. A simple vista, hubiera sido más fácil para cualquiera pensar que ese hombre es un borrachín y ya está, lo cual no dejaría de ser injusto por otro lado.

—Sí, sobretodo porque no lo es. Luis aparece un día y desaparece quince, juzgar a nadie me parece un acto de crueldad y en este caso más aún. Aunque a primera instancia creo que todos juzgamos, luego depende de la persona si se da cuenta o no que está emitiendo un juicio a ciegas.

—Pienso igual que tú, todos juzgamos y luego... pues unos se dan cuenta y otros no.

Me resulta curioso que te diga que eres como el hijo que nunca tuvo, ¿no te dan ganas de preguntarle?

—Como has podido leer, sí y no. Por un lado me gustaría pero por otro me da miedo abrir algo que no sé si me apetece escuchar.

—Igual no tiene tanta importancia. Claro que también puede ser el motivo de sus escapadas... Ahora que lo digo creo que me pasaría lo mismo, sería precavida.

—Normalmente, me gusta que la persona se abra para poder entender lo que tengo delante, lo que muestra. Siempre hay sorpresas, tantas como vidas y personas, y siempre me digo lo mismo. Cada uno hace lo que puede con lo que sabe. Si que he de decir que en este caso fue Luis

el que se acercó a mí.

—Pues ese hecho le da más sentido a la historia. ¿Cómo fue?

—Yo lo tenía visto, no lo conocía pero sabía quien era. Tampoco iba mucho por Eclipse, solo para alguna actuación o alguna conversación con Felipe, pero aquel día había asistido a una cata de vinos jóvenes con Arantxa. El evento estuvo bien, demasiado interrumpido por mi gusto, pero bien. Cuando acabó tomamos vino y comimos paletilla ibérica y queso de oveja, y ya quedamos cenados. Nos relajamos un poco en la sobremesa y ahí bajó Luis al comedor y se sentó entre Arantxa y yo, porque las conversaciones eran cruzadas, laterales, de frente, un ambiente familiar. Estaba en ese punto que solo él sabe manejar; gracioso, inteligente y educado. Nos alabó a los dos y vaticinó algo que según él estaba por venir; ahora los dos os iréis a casa, haréis el amor y engendraréis un hijo, al que llamaréis Luis.

—Me muero —me dice poniéndose las manos en la cara.

—Visto ahora, desde la distancia parece una tontería, pero condicionó nuestra vida sexual por unos días. ¡Qué cabronazo! —me río al recordarlo—. Si me lo dice ahora me muero de risa, pero así sin conocerlo y con esa seguridad pues...

—Acojona, esa es la palabra que buscas —añade con firmeza—. Y claro... como no se cumplió la profecía y ahora no tienes un hijo que se llama Luis en su honor, pues te toca ser el hijo.

—Pues lo prefiero así —me río y ella se suma—. Prefiero ser el hijo y no el padre, que lo de padre ya lo he probado y está bien pero, ya tengo la prueba y la confirmación, el tercer hijo sería por osadía.

—De todas maneras, es un señor mayor por lo que me dices, ¿qué edad debe tener, unos sesenta años?

—Alguno más, creo.

—Es curioso que se fije en ti, claro y que tú le sigas el rollo... Aunque de ti me extraña menos —se ríe desvergonzada.

—Recuerdo cuando era adolescente y vivía en el barrio, en el bar Los Cazadores, que estaba en el Pasaje de la Panadella a cincuenta metros de casa, siempre me encontraba allí con Carri y Sindo, la pareja más peculiar y divertida que he conocido jamás.

—No me suenan...

—Tus padres los recuerdan seguro.

Yo tenía unos dieciséis años, y en verano pasábamos allí tardes enteras jugando al fútbol. De vez en cuando aparecían ellos que venían haciendo la ruta de los bares, con sus vasos de vino. Carri, que se llamaba José Carrasco, había sido preso político en la dictadura y como él siempre decía; le habían dado muchos palos por aguantar de pie la bandera de Catalunya y por hablar catalán. Era del Real Madrid, nadie es perfecto, y le encantaba luchar contra la energía de mi juventud discutiendo de fútbol, que yo ni entendía ni entiendo, pero en casa somos todos culés y yo era más que ninguno —sonrió tímidamente recordando.

»Sindo era más profundo, más filósofo, y sus conversaciones eran otras. Un gran lector, un gran pensador, una persona anclada a la tierra, al planeta digo, gran conocedor de la naturaleza en la que siempre halló remedio para todos sus males y los nuestros.

»¡Madre mía! ¿Por qué te explico esto? —completamente despistado.

—No sé, hablábamos de la edad de Luis —me dice para rescatarme.

—¡Ah! Sí, es verdad. Pues eso, ambos me doblaban y casi triplicaban la edad, pero los veía llegar y me iba con ellos, y ellos encantados conmigo. Carri para salir de la complejidad de la vida y la dificultad que entraña vivir, hablando de algo tan banal como el fútbol. Sindo para darme clases de pensamiento crítico, poner en duda todo lo que el sistema propone e impone; al mismo tiempo ser una persona íntegra, con calidad humana, respetuoso con uno mismo y con los demás y en contacto con la naturaleza siempre.

»Mis amigos por entonces no entendían que los escuchara, que hablara con ellos... Carri falleció hace unos años —me emociona recordarlo—. Sindo vive, y ahora muchos de esos que no entendían que yo lo buscara, los buscan, pero él ya no necesita a nadie que lo escuche, sembró y ahora recoge, prefiere escucharnos.

—Amores de barra ¿no?

—Mi primer amor de barra, diría yo.

—Un trío, entonces —me dice sonriendo.

—Poliamor en todo caso —reímos los dos.

Mezcal o tequila

—Muy bien chicos, y de postre tenemos... —nos dice la camarera mientras retira los platos.

—Yo no tomaré postre —interrumpo—. ¿Tú Marta?

—No, no me apetece, estoy bien así —tocando su barriga con las dos manos.

—Eso sí, un chupito de tequila si que me voy a tomar —añado sin saber en qué jardín me estoy metiendo.

—Perfecto. ¿Tequila o mezcal? —me pregunta la camarera sabiendo que me perderé en la respuesta.

—¿Qué diferencia hay?

—Bueno, en realidad el tequila es un tipo de mezcal, lo único que se reconoce como nombre propio de tequila al mezcal que se obtiene del Ágave Tequilana. Y mezcal al licor que se obtiene de cualquier otro tipo de ágave.

—Ah, lo desconocía, gracias. Así, entonces, creo que he probado el tequila probablemente pero el mezcal en su amplia gama no —miro a Marta que permanece impasible.

—¡Ahá!... —añade la camarera—. Siendo así, ¿qué tipo de mezcal quiere?

Dioooooo, solo quiero un chupito de tequila, me da igual la marca, la procedencia y si viene con música, un, puto, chupito, de tequila.

—¿Cuál me recomiendas? —aquí nos mojamos todos, pienso.

—Pues mira, le digo y usted elige; tenemos el Mezcal Joven o blanco, destilado y embotellado directamente, después está el Mezcal Reposado, ha estado entre dos y doce meses en recipientes de madera. Por último el Mezcal Añejo, reposado en madera más de doce meses.

»Luego podemos también diferenciarlos por Mezcal Industrial, Mezcal Artesanal y Mezcal Ancestral, todo esto valorando su cocimiento, molienda, fermentación y destilación.

—Me pones un café solo mejor —la camarera, Marta y yo arrancamos a reír.

—Disculpe, no quería confundirlo.

—No, no, está muy bien, te lo agradezco. Pero lo haremos fácil, me pones el que tú te tomarías.

Marta me mira y no se puede morder la lengua.

—Qué buena camarera ¿no? Conoce sus productos y los vende bien, me mola.

—Pues... la verdad es que sí. Eso es gente apasionada por su trabajo, por cierto, es un ejemplo de la camarera Tipo II, la seductora — me río.

—Es verdad, siempre sonrío y es muy agradable.

—Por eso le he dicho que me ponga el mezcal que ella tomaría, porque lo hará con pasión y buscará uno que me guste, no conoce mis gustos pero los va a intuir.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque la pasión por lo que haces incluye intuir lo que el otro desea y ser creativo. Irá pensando en que tipo de mezcal me gustará, le he dicho el que tomaría ella pero no hará caso, inconscientemente buscará uno que pegue conmigo, con mi forma de hablar, con mi aspecto... Es mi teoría ¡eh!, a mí me funciona.

—A ver si tienes suerte y no le falla la intuición y te trae uno que sea todo lo contrario a ti.

—Todo puede ser, entonces será porque ha pensado en otro, me ha puesto los cuernos —le

digo riendo—. Sería normal aquí con tanta mesa. Pero confío en que me gustará.

Pues sí, me encanta el mezcal que me ha servido y la he felicitado, por el atino y por el servicio en general. Me habla de las regiones de México en las que se produce y consume este tipo de mezcal. Me han venido a la mente unos familiares que tengo por allí, exactamente no sé en que lugar de México pero allí están. Me han venido a la mente canciones, algunas de Alejandro Fernández, “El Potrillo”, con esa voz melosa y varonil que cuando quiere es la más ranchera y desgarradora. Una carabela con ojos de flores me hace recordar algo...

—¿Conoces Prison Art? —le digo a la camarera.

—¿Cómo dice?

—Perdona que te he interrumpido, disculpa.

—No, no se preocupe, dígame.

—Si conoces Prison Art. O a su creador Jorge Cueto.

—No me suena —me dice.

—Es un español de Gijón afincado en México, con el que tuve el placer de trabajar. Trabajaba para una entidad financiera norteamericana haciendo trueques con activos. Productos líquidos a cambio de productos y servicios. La crisis económica lo llevó a dejar el trabajo y a los cuatro años, lo detuvieron en México para ingresar en prisión acusado de fraude. De cabeza de turco vamos, porque fue el único del grupo que permaneció once meses en la cárcel hasta ser juzgado, corrupción en estado puro.

»Es un crack, este tío. En prisión observó como los tatuadores aficionados y no tan aficionados se tatuaban entre ellos para practicar, con el riesgo que implica en una prisión sin las medidas sanitarias adecuadas. Se encargó de facilitarles primero pieles para que practicasen y pudieran pintar sobre un tejido natural y después vio el negocio y una forma de ayudar a los jóvenes encarcelados. Fabricar productos en piel con tatuajes asombrosos; bolsos, mochilas, monederos... Yo monté la luminaria de la tienda que tienen en Barcelona en la Plaza del Pi, es un proyecto precioso, podéis verlo en su Web.

—Me suena algo, pero conocerlo no.

Me dirijo a Marta y le enseño fotos de productos de Prison Art que encuentro en Internet. Obviamente le encantan, no puede ser de otra forma, le sorprende la iniciativa y la calidad artística de los productos que aparecen en la Web.

El color de los tatuajes, la originalidad de los dibujos y la calidad de la piel nos adentra en un mundo de arte. Nos deleitamos con cada nuevo modelo de bolso y chaqueta que encontramos y nos miramos para decírnos con los ojos, los de ella enormes y los míos brillantes, que este momento es mágico.

—Un día, si te apetece, podemos visitar la tienda de Barcelona —le digo.

—Pues me gustaría mucho, la verdad. Me has dejado con la miel en los labios.

La miel en los labios dice, me imagino sus labios llenos de miel; yo, yo que soy de los que cada mañana toma una cucharada de miel, ahora la tengo que visualizar en sus labios o ahora he de quitar de mi cabeza esa imagen de sus labios llenos de miel.

Bajamos por Baldrich saboreando aún los platos, el mezcal, el trato y la compañía. Cada uno en su mundo, un silencio cómodo y una noche tranquila que sirve de melodía o que va a ser nuestra melodía. Giramos en Carretera de Montcada a la derecha y a la izquierda por Pare Font y... Sí, tiene miel en sus labios, es dulce y suave como sus movimientos. Sus labios y los míos se entienden a la perfección, como si se conocieran de antes, como si se besaran cada día, se leen, se descubren, se persiguen, se resisten, se dejan, se alejan... y vuelven, siempre vuelven. En medio de la calle, a las doce de la noche, nuestros brazos y nuestras bocas han empezado a bailar.

—Que bien besas —le digo.

—¿Sabes qué pasa? Qué tú besas genial...

Caminamos cincuenta metros y volvemos a caer en la tentación, no puede ser de otra manera. Su lengua, la mía, un bocadito en el labio, besitos en el cuello y un coche que nos va a atropellar. Subimos corriendo a la cera, cogidos de la mano, riendo... me pregunto cuantas calles quedan para besarnos hasta llegar a casa porque no pienso perdonar ni una. Me encantan las calles del barrio del Siglo XX; Gibert, Gasòmetre, Roger de Llúria, Sant Sebastià, Avinyó... Hasta llegar a su portal.

—Bueno, ha estado bien ¿no? —le digo, tirando mi cuerpo hacia delante buscando su boca.

—Sí, muy bien.

—Pueeees... Ahora toca irse ¿no?

—¿Te quieres ir?

—¿La verdad? —muevo la cabeza rápidamente de un lado a otro diciendo que no.

—¿Quieres entrar?

—¿Quieres que entre?

—¿La verdad? —mueve la cabeza arriba y abajo rápidamente diciendo que sí.

El pasillo es largo y la puerta de su piso está al fondo, entra y entro detrás pidiendo permiso. Pasamos al salón comedor con cocina americana pintado en blanco, con muebles blancos y unos toques de color que pone un cuadro de un almendro en flor. Una alfombra de lana gruesa, un puff de piel con adornos marroquíes y colores tierra. Un lugar tranquilo, pequeño y agradable.

Tomo asiento en el sofá blanco con cojines ocres, me pasan tantas cosas por la cabeza que no puedo describir una sola. Se va a detener el tiempo de un momento a otro. Marta se acerca a mí, se sienta a mi lado en el sofá, nos vamos a besar pero me para poniendo su mano sobre mi pecho. Tenemos que hablar me dice, y pienso que todavía no nos ha dado tiempo para llegar a ese punto.

El tiempo se detiene...

—¿Ya quieres hablar, en serio? —le digo, clavando mis ojos en los suyos y acompañando con una postura que muestra disposición a escuchar.

—Hace años que me separé de mi pareja, no quiero nada serio, solo vivir el momento, el

día a día, disfrutar. Hace ya un tiempo que mis relaciones con los hombres son así. Tengo algún amigo, bueno folloamigo con el que de vez en cuando me veo y compartimos los momentos que queremos.

—¿Y...? No me tienes que dar explicaciones de nada.

—Ya, pero me quedo más tranquila si sabes lo que hay porque no sé lo que buscas, y al mismo tiempo me sirve a mí el hecho de atreverme a decírtelo.

—Te lo agradezco de corazón. Por lo demás... dejemos que las cosas vengan solas, que vendrán. Que me lo digas no cambia nada, y si te sirve a ti pues mejor aún, para eso nos encontramos las personas en la vida, para aprender y mejorar el uno con el otro.

Buscar, yo... quitando lo sexual, no busco nada, eso sí, estoy abierto.

Por un momento el aire es pesado y cuesta que entre, la sinceridad puesta sobre la mesa tiene peso, pocas veces las conversaciones son así. Pocas veces hablan de lo que nos asusta, pocas veces hablan de la envidia, de la rabia, de la inseguridad, como si eso no lo sintiera nadie. Pocas veces las conversaciones hablan de uno mismo y desde uno mismo; sentarse delante de alguien y aceptar lo que trae consigo, sin necesidad de juzgarlo, sin la voluntad de cambiarlo, solo aceptar que esa persona viene con eso. Si me gusta me quedo y si no me voy.

No sé si su seguridad es real o muestra seguridad, pero se muere de miedo de sentir algo por alguien que le haga perderse. Probablemente porque en algún momento de su vida se ha perdido o ha vivido perdida.

Tampoco yo me siento seguro, mi discurso lo es, pero yo no. Me habla de otro o de otros y mi cuerpo tiembla. Me dejo sentir ese movimiento, seguro de que es mío, da igual con que se produzca, es mío y lo conozco. La irracionalidad de los celos, es solo eso. Respiro ese aire pesado que hay entre nosotros dos, pesado por lo que hemos sacado y que al respirarlo se vuelve ligero y aporta fluidez. Nos estamos mirando pero creo que ahora solo nos vemos a nosotros mismos, a lo que estamos sintiendo con la conversación.

Ha desaparecido la pasión, por un momento. Hemos encajado las piezas, hemos definido que contacto queremos, hemos puesto el respeto mutuo como personas ante cualquier otra cosa. La pasión se recupera en un instante, en nada, no hay que preocuparse por eso.

—Me alegro de haberme encontrado contigo, me gustas mucho —le digo.

—Yo también, me siento bien.

Y vuelven nuestros labios a pasarse juntos y nuestras manos a recorrer partes que en la calle no hemos permitido que recorrieran, a levantar levemente la ropa y dejarla caer suave, como avisando de que al volver a pasar por ahí la van a quitar del todo. Y vuelven, y poco a poco nos vamos quedando sin ropa, y lo único que va cubriendo nuestra piel es la saliva que dejan nuestros besos, nuestras lenguas. Me coge de la mano y me lleva a su cama... Es la victoria de Esparta.

Una lámpara de sal naranja, un ventilador blanco en el techo, unos cuerpos que se tocan y se funden, fluidos que van y vienen. Alguna rigidez fruto del miedo, caricias y recorridos de arriba a

bajo con paradas en todas las estaciones. Suspiros, gemidos, alguna voz que se acuerda del altísimo y enredos de pelvis hacia aquí, hacia allí, de dentro a fuera, de fuera a dentro, muy adentro. Lento, suave y profundo.

El Camino

Parking de L'Alsina del Sal.lari – Font dels Traginers – L'Avenc del Llest – GR-5 – Coll de Boix – Font de la Pola-Coll de Tres Creus – Parking de L'Alsina del Sal.lari.

Una ruta que descubrí un día que elegí el camino de la derecha y no el de la izquierda como hacía siempre, y resultó ser una sorpresa muy agradable. La Serra de L'Obac, la silenciosa Serra de L'Obac, con sus increíbles cuevas y simas, sus paredes de roca y los monolitos. Este es uno de mis lugares favoritos desde hace tiempo, lo descubrí cuando tenía diecisiete años y desde aquel momento no he dejado de visitarlo, siempre vuelvo.

La ruta que he elegido para hoy permite cansarse, sudar, recuperarse, deleitarse con las vistas, hidratarse en las fuentes y reencontrarse. Reencontrarme digo... porque cuando llevo unos veinticinco minutos aproximadamente, el pensamiento va perdiendo fuerza y la necesidad de respirar es protagonista; a partir de ese momento los elementos de la naturaleza empiezan a hacer efecto sobre mis sentidos y es lo único, solo eso, sentidos y corazón.

Camino mirando al suelo en su parte inicial para no torcerme el tobillo con el gran número de piedras de distintos tamaños que hay en el sendero, e intentando mantener la coordinación entre los movimientos de mis piernas y mis brazos. Pie derecho, palo izquierdo, pie izquierdo, palo derecho y así sucesivamente hasta llegar a la subida más escarpada donde clavaré los dos palos en la roca a la vez y empujaré fuerte para impulsarme y cargar lo menos posible mis lumbares.

Me siento cansado, he dormido poco, y a la vez siento esa energía que se siente después de una cita como la de ayer y la lluvia creativa que acompaña a esos estados de ánimo. Por mi cabeza pasan ideas de todo tipo, desde poemas de amor improvisados, pasando por canciones, hasta llegar a una tormenta de temas y personas que quiero que aparezcan en mi libro. Las personas que durante años he conocido en los bares, mejor dicho en la barra, esas que me han atraído por su rareza y singularidad, pero también las que se han sentido atraídas por mí y han formado o forman parte de mi vida. También me gustaría hablar de los “Perfectos Desconocidos” haciendo referencia al film de Paolo Genovese, que también están en la barra del bar y que en realidad somos todos, perfectos desconocidos entre todos.

Me asalta un pensamiento que me dice lo mucho que me gusta Marta y lo diferente que es a todas las demás. Me río solo de pensarlo y unos caminantes me miran y me dan los buenos días dudando de mi equilibrio mental, cosa que hace aumentar mi risa y no me queda mas remedio que decirles la verdad en voz alta y sin parar de caminar.

—He conocido una chica y me voy a casar con ella, me siento muy feliz y es por eso que me río ¡eh! No piensen mal —y al decir tal sandez me río con más fuerza.

—¡Anda! —dice una señora con cara y gesto de simpatía—. Muchas felicidades y mucha suerte.

Y las señales de aprobación al matrimonio inventado se van sucediendo una tras otra y se acaba generando un clima previo a la boda. Veo caras de ilusión y caras de incredulidad, pero en general la energía del grupo y la mía ha cambiado, ese es el papel del humorista. Vamos a hacernos un selfie les digo, y me pongo con ellos y les digo que se acerquen hasta estar todos juntos y con caras simpáticas. Fotón, que dirían mis amigos de redes sociales.

Me despido de ellos y sigo el camino todavía con la sonrisa en mi cara y con los palos en las manos paleando el romero para recibir su olor. Hay que ver, los he metido en un mundo de ilusión y no les he dicho que me reía del pensamiento que pasaba por mi cabeza, que me reía porque lo había visto tan absurdo como siempre, es de los que vuelven. A lo lejos, aún los oigo comentando la jugada y abriendo un debate sobre el matrimonio; ese no sabe donde se mete, jajaja, si no, no estaría tan contento, y muchas risas siguen esos comentarios tan cómicos como reveladores. Luego en casa, cada uno dormirá con su pareja o no, depende el grado de la broma y si contenía omitido un mensaje de matrimonio precedero y aburrido.

Los podía haber invitado a la boda, hubiera sido muy gracioso ver las caras de ellas y las de ellos, ver todo lo que puede generar una mentira cuando se explica como una verdad. Y me viene a la cabeza la religión, y me viene a la cabeza cuando casi pierdo mi vida porque me aislé de todos los mundos creyéndome el sabedor de uno y finalmente perdido y extranjero en todos. El

recuerdo me trae lágrimas a los ojos, y recuerdo a mi hija de pequeña, a mi hijo más pequeño aún, y recuerdo un mundo basado en una mentira pero que elaboré e introduje en mí como una verdad. Siento el sudor en la cara, siento el viento que enfría el sudor, siento el latido del corazón que se acelera, siento la vulnerabilidad en mi propio ser. Camino y respiro profundamente, miro al cielo y doy gracias a Dios, nunca perdí la fe, nunca me perdí, aunque hubiera una serie de sucesivas desdichas, siempre seguí el camino correcto. Si me preguntas que es la fe, no sé contestarte; si me preguntas que es Dios, lo único que puedo decirte es que solo tú puedes saberlo.

Camino por un lugar que me incita a correr y no estoy en tan buena forma como para hacer caso a esa provocación, demasiado he corrido en esta vida, me he precipitado cada vez que he participado y he participado mucho. Ahora ya no tengo prisa por nada, solo por estar en paz conmigo mismo, vivir intensamente con conciencia y eligiendo, dejando pocas cosas al azar. Aunque sé que volveré a correr por estos caminos, es cuestión de días. Anteriormente he venido por aquí con rabia que gritar al cielo, tristezas por llorar y alegrías y éxitos que ofrecer al mundo abierto de par en par, también con mis amigos, mi familia y algunas de mis parejas. Diría que estas montañas saben más de mí que muchos y muchas que dicen conocerme y estar a mi lado.

Otro pensamiento me asalta y me habla de Marta. Dónde estará, cómo estará. Hoy me escribirá o preferirá quedar con su folloamigo y así poder comparar; tamaños, intensidad, ritmo y duración. Yo también debería quedar con alguna folloamiga me digo, llamar a mis mejores confidentes o a mi amor de barra favorito, pero algo me frena. Me frena el cuidado que he decidido darme, el respeto que he decidido tenerme y sobretodo la prioridad que quiero mantener a la hora de elegir. No voy a estar con nadie que no sienta que es la persona que quiero a mi lado, sea para dos horas o para toda la vida. Corro el riesgo de quedar para follar un día y quedarme por tres años sin estar enamorado ni un solo minuto, me ha pasado, más de lo que debería haberme pasado.

Miriam, me asaltó en la barra de un bar justo después de actuar, sus ojos son los más bonitos que he visto nunca y su sonrisa inunda su cara de lado a lado. No perdí los papeles por mí, yo los perdí por ella. Me quedaba ciego mirando su página de Facebook, sus fotos endiabladas combinando color con simpatía que hacían caer en el deseo de tenerla entre los brazos a cualquiera. Aún lo hago de vez en cuando, aparece una publicación suya y mis ojos son capaces de detectar sus ojos en menos de un segundo. Hablábamos a escondidas de nuestras parejas y nos prometíamos no volver a hablar nunca más porque aquello no estaba bien, pero ni lo hacíamos ni queríamos hacerlo. Hasta que pasa lo que tiene que pasar; chica utiliza Facebook en ordenador, chica deja ordenador y se marcha, chico coge ordenador y lo abre, chico encuentra una sorpresa que le encanta. Y así fue como aquel amor de barra no llegó a nada, por poco, casi llega a un accidente en una rotonda en Puigcerdá cuando Eva en el asiento del copiloto me reveló que sabía que estaba pensando, viendo o tonteando con otra. Llovía en ese momento y al entrar a la rotonda vi llover pero no lo vi llegar. Pasó un año y Miriam y yo nos encontramos, no por azar, y nos besamos tanto como aguantamos y nos follamos, solo una vez, no sé exactamente la razón de dejarlo en una vez. Seguramente porque mi padre estaba recién operado y yo no tendría el cuerpo para fiestas.

Ya puedo escuchar algunas voces que vienen de la fuente de La Pola, deben ser

excursionistas que desayunan y hacen la tertulia. Me doy cuenta de que mi cabeza hoy no respeta tiempos, mi pensamiento va a mil por hora, me da y me quita muchas ideas al mismo tiempo, y me trae y me lleva a personas al mismo tiempo. Hoy, ni el camino alivia, hoy la agitación parece superior a los elementos de la naturaleza, debe ser porque ha pasado algo diferente, quizás sea porque Marta es diferente. Me río otra vez con ese pensamiento, justo cuando estoy llegando a la fuente y un señor que me mira mientras corta un trozo de chorizo y se pone a reír conmigo.

—¡Buenos días! Me río porque he conocido a una chica y me voy a casar con ella, estoy feliz, así que no se asuste.

—Ya decía yo que tu risa no era una risa por cualquier cosa —me dice el señor.

Todos los presentes allí dejan lo que están haciendo y me miran con cara de sorpresa y alegría, expectantes ante el anuncio. La señora que está al lado del señor que ha hablado conmigo le pregunta:

—¿Qué te ha dicho, que se va a casar?

—Eso dice —le contesta el señor.

La mujer me mira y se dispone a hablar.

—¿Te vas a casar?

—Sí señora, me voy a casar.

—¿Cuándo? Si se puede saber.

—Pues... —pienso, obviamente, algo que no había planeado ni pensado antes—. En enero, señora. Si todo va bien, en enero me caso.

—Pues felicidades majo, se te ve cara de enamorado.

—Mucho señora —y no se me escapa la risa porque los ángeles me protegen.

—Nosotros llevamos casados cuarenta y siete años. ¿Verdad cariño? —el hombre asiente con la cabeza.

—Voy a beber agua señora que me ha impresionado usted, por no decir que me ha asustado —esta vez no me contengo la risa.

No hay agua en el mundo como la de la Font de La Pola, no la hay. Me mojo los brazos, las manos, la cara, la cabeza y cuando enderezo mi cuerpo saliendo de la pequeña cueva en la que se encuentra la fuente, una señora del grupo de jubilados y jubiladas entona un: ¡Viva los novios!

—¡Viva! —me sumo al grito—. Bueno, que no me quiero parar mucho que me enfrío. Me alegro de haberles encontrado. Y gracias por todo, esperen que nos vamos a hacer una foto —saco mi teléfono y me hago un selfie con ellos.

Tomo el camino que me lleva a Coll de Tres Creus con energía y pienso en Marta, pero paso por un lugar en el que he estado con Sonia, Cristina, Elvira, Eva, Montse, Arantxa y se me olvida Marta. Esta vez, solo por esta vez, un clavo saca a otro clavo.

Estoy en la esquina del atardecer como le llamo yo, en La cueva de la Porquerissa, que es una pequeña que sirve de refugio para los que conocemos la zona que hacemos noche allí, aunque

no es la mejor por su situación esquinera ya que abarca corrientes de aire que pueden resultar incómodas según la noche. Durante el día permanece impassible frente a la montaña de Montserrat, mirándola fijamente desde que amanece hasta la caída del sol, custodiada en su puerta por tres enormes rocas que esperan apoyadas en el suelo y abrazadas entre ellas a que algo, algún día, las mueva. Por el camino se acercan dos chicas con sus mochilas, me miran, se paran y me preguntan.

—¿La fuente queda lejos?

—No, no. La tenéis a trescientos metros como mucho. Ahí al lado vamos.

—Ah, vale. Muchas gracias.

—Una cosa, hay un desvío a la derecha tomad ese, si seguís recto os la pasareis de largo.

—Muchas gracias. Perdona, ¿eres Elías verdad?

—Sí, ¿nos conocemos?

—Y tanto que sí. ¿No me recuerdas?

—Iba a clase contigo.

—No lo recuerdo. De le escuela Edgar... ¿Hiciste auxiliar o técnico?

—Hice auxiliar solo, fuimos novios tío, ¿de verdad no te acuerdas de mí?

—Te prometo que no, lo siento de verdad.

—No pasa nada hombre... —me dice, mientras se quita la mochila de sus hombros y la desliza por su brazo derecho hasta que toca el suelo—. Ven, mira esto.

—A ver —me acerco a ella. Recibo un olor muy agradable, no es colonia, ni perfume, ni desodorante, es ese olor que solo tienen algunas personas en la tierra y a las que la vida ha elegido para que huelan bien—. Espera un momento, no me lo puedo creer. ¿Helan? ¿Eres Helan Pérez?

—La misma.

—Noooo, no puede ser. Hace veinte años que no nos vemos, por lo menos —me acerco a ella y nos damos dos besos medio abrazados.

—¿Cómo te va la vida, a qué te dedicas?

—No puedo hablar... es que... —una sonrisa llena mi cara y la incredulidad se nota en mis ojos—. Me has liado con lo de que fuimos novios, no lo fuimos, eso sí, te perseguí hasta caer agotado ¡eh! Vaya años. Va que os acompañe a la fuente y hablamos un poquito, si no os importa claro.

—Ella es mi amiga, se llama Clara.

—Encantado Clara, tengo una sobrina que se llama como tú. Debes estar flipando un poco ¿no?

—He de reconocer que sí —me dice Clara con una sonrisa dulce—. Pero me gusta mucho ver como os recordáis y la cara que habéis puesto los dos cuando os habéis reconocido. Y al mismo tiempo me queda una duda, ¿qué ha sido lo que te ha ayudado a reconocerla?, porque no le ha dado tiempo a enseñarte la foto.

—Si te lo digo no te lo vas a creer.

—Va, hombre. Puesta a no creer, jamás hubiera creído esto aquí y ahora.

—Pues ha sido su olor.

—¡No! No me lo puedo creer.

—Te lo he dicho —y reímos los tres de alegría, de locura y de vida, sin más.

Regreso a la fuente con Helan y Clara. Por el camino mi mente me repite Helan Pérez, la hermana de Dani Pérez, gran tipo. Helan Pérez, la chica que me rechazó ciento veintisiete mil veces. La diva Helan Pérez con su hermoso pelo rubio, liso, largo, de tez blanca rota por algunos granitos y de ojos azules y pequeños que le hacían carita de niña buena. No sé cuántas cartas le escribí, no sé cuántas veces la llamé por teléfono, al fijo claro, no sé las locuras que hice por verla cinco minutos.

Una vez fui a ciegas desde Segur de Calafell a Cubelles, buscando un camping en el que veraneaba ella, no sabía ni el nombre del camping, ni siquiera su segundo apellido y tampoco sabía si era el de primera línea de playa o el del interior. Lo encontré y la encontré, eso sí, después de unas horas de paseo y unos cuantos kilómetros. Sus padres y su hermano me recibieron con mucho cariño, me invitaron a comer con ellos, pasar el día con ellos y al día siguiente volví para quedarme a dormir con ellos. Helan me tenía un cariño enorme, me quería mucho, pero para tener sus idas y venidas en el mundo de las relaciones prefería a chicos más mayores y más malotes.

—Mirad que fuente más bonita, es un rincón maravilloso.

—Sí que es bonita sí —me dice Helan—. ¿Qué tal está el agua?

—La mejor del mundo Helan, de temperatura, de sabor...

—Veo que te gusta mucho este sitio.

Clara ya ha colgado las mochilas en los ganchos que hay en la pared y ha sacado sus bocadillos. Se sientan en la mesa grande de piedra. Me invitan a comer algo pero no acepto, me gusta subir y bajar, y a comer a casa, de esta manera no llevo nunca mochila con agua ni alimentos.

—Hace un rato he estado aquí y había un buen grupo de jubilados. Más majos...

—La verdad es que el lugar es precioso —dice Clara levantando la mirada hacia la enorme roca que nos da cobijo.

—Nos han hablado del Quart de Reixa. ¿Te suena? —me dice Helan.

—Está allí —le digo señalando la dirección justo enfrente nuestro—. Justo detrás de esa pared, ahora no la veis del todo porque la tapa la vegetación. Es una muy bonita y acogedora, ideal para parejas, le llaman el hotel de La Pola.

—Que suerte hemos tenido al encontrarte, estás muy informado —me dice Helan con una sonrisa.

—Tampoco tanto, pero he dormido ahí algunas veces. Ahora cuando volváis al camino lo seguís recto hasta que empieza una subida, estad atentas porque hay una bifurcación a la izquierda que debéis tomar y seguir el sendero. Queda a la derecha, detrás de unos arbustos, estad atentas.

»¿Cómo está tu hermano, qué hace?

—Pues ahí va, casado y con dos hijos. El pequeño es más travieso que su padre, que ya es decir.

—Hace que no lo veo... más que a ti. Bueno ¿y tú? Cuéntame qué haces con tu vida y en tu vida —le digo sonriendo.

—Pues me casé, me divorcié y hace cinco años que estoy sola.

—¿Tienes hijos?

—No, lo intentamos y no pudimos, y justo cuando empezamos con las pruebas para saber cuál era el problema nos separamos.

—Y te quedaste sin saber cuál era el problema.

—Bueno, seguramente era o es mío, él está con una chica y tienen un niño.

—Ya, tampoco quiere decir nada, es posible que incluso no hubiera ningún problema.

—No me preocupa mucho la verdad.

—Pues me alegro entonces —le digo dando el tema por cerrado—. Y... ¿a qué te dedicas?

—Soy modelo.

—Obvio Helan, no podía ser de otra forma.

—Que no tonto, soy dietista —me dice riendo—. Veo que hay cosas que nunca cambian, me sigues idolatrando.

—Pero bueno... ¿Qué confianza es esa? —me río—. Pero es verdad, te sigo viendo como te veía, una imagen idealizada.

—Pues he cambiado tanto...

—¿Sí? —le digo incrédulo.

—Sí, ya no soy la niña buena que querían mis padres. La chica responsable que tenía que ser madre y cuidar de su marido.

—Yo recuerdo a tus padres súper majos, claro que los vi solo una vez y era muy joven.

—Desde fuera, en casa de otros, todo se ve bien.

—Bueno, lo importante es que estés bien, temas a trabajar siempre hay —observo que mientras me habla Clara le coge la mano.

—¿Sois pareja? —Clara y Helan se miran intentando acordar una respuesta.

—Bueno, más o menos. Nos vemos, quedamos y hacemos cosas juntas. Sin compromisos y sin exigencias, viviendo los momentos. Una relación abierta le dicen.

—Abierta... ¿De cintura para abajo o de cintura para arriba? —me río.

—¿Qué quieres decir?

—Que lo de abierto... ¿Es por el tema sexual o simplemente que estáis cada una en su sitio y elegís cada día libremente si queréis estar juntas, evitando las exigencias, creciendo cada una en su lugar y en común cuando estáis juntas?

—Y las dos opciones juntas ¿puede ser? —me dice Helan dándolo por hecho.

—Sí, perfectamente. Sí es una relación sana, sí.

—¿Sana?

—Pues que se hablan las condiciones, las dos personas aceptan y respetan el acuerdo al que han llegado.

—¿Y la no sana?

—La insana es cuando se utiliza ese nombre para individualmente huir de lo que te cuesta. El compromiso, la fidelidad, abrirse a una persona y entrar en la relación de dar y recibir. Insana

también cuando se toma esa opción por los conflictos surgidos en otras relaciones que han sido más traumáticas o con mucha dependencia. Como mecanismo de defensa se crea el búnker individual, donde uno se siente seguro sin tomar contacto con cualquier cosa que le recuerde que una vez le pasó aquello.

—¿Tú estarías preparado para una relación así?

—No me lo he planteado nunca, será porque no me atrae. No me puedo creer que después de veinte años sin vernos estemos hablando de esto —le digo sorprendido—. ¿Me estás proponiendo algo?

—No te tires a la piscina que no hay agua majete, que solo nos abrimos a las chicas —se ríe.

—¡Ah! Mira como yo, ves, nos va bien a los tres, es el principio —reímos—. Me vas a rechazar hasta con el modo homosexual activado. El colmo de los colmos —y volvemos a reír.

—Sigues igual de liante que siempre Elías.

—Eso dicen.

—¿A qué te dedicas?

—Intento ser humorista.

—Siempre lo has sido.

—Pues ahora quiero vivir de eso y de otras cosas relacionadas. Soy monologuista y en la intimidad escribo, pero nunca he publicado nada.

—Claro, monologuista te pega un montón, recuerdo en el cole cuando te ponías con tus shows improvisados. Y lo de escribir... ahora que lo dices, ganaste algún premio de poesía si no lo recuerdo mal.

—Pues sí, recuerdas bien. Estoy preparando contenidos ahora, quiero escribir un libro.

—¿Tienes el título?

—Creo que sí. Amores de barra.

—Me mola.

—¿Y a ti Clara? —la sorprende cuando mira su teléfono y va pasando el dedo por la pantalla.

—Dime, perdón. ¿Qué pasa?

—Clara, no estarás quedando con nadie para hoy. Recuerda que lo nuestro es a tres y hay unas condiciones que respetar —le digo de broma y se pone a reír.

Helan le explica lo del libro y el título que tenía pensado, aunque es solo un nombre y puede variar, me estoy dando cuenta de la importancia que le da la gente. El contenido puede interesar más o menos pero el título debe ser algo que guste, con poder de atracción.

—¿Amores de barra? Como la canción de “Ella baila sola” —me dice Clara—. ¿Y de qué vas a hablar en tu libro?

—Pues de las personas que me he encontrado en los bares, en concreto en la barra, dentro o fuera, y que me han aportado cosas que me interesan.

—Nosotras nos conocimos en la barra del bar —lo dice al mismo tiempo que mira a Helan.

—¿Cierto? —digo mirando a las dos—. Lo siento pero me lo tenéis que explicar. Ahora no hay marcha atrás.

- Te ofrezco un trato.
- Sé cuál es el trato. Me lo dices a cambio de entrar en vuestra relación abierta.
- Que bobo. No, te lo decimos si nos acompañas al refugio donde dormiremos hoy.
- ¿A Quart de Reixa? Eso está hecho, pero que conste que mi trato era mejor. Una cosa, no he comido nada y he salido pronto, si me demoro me bajará el azúcar.
- Nosotras llevamos, no te preocupes. ¿Te apetece algo de fruta?
- Pues sí, me entraría bien ahora. Y si tienes unas galletas ya lo bordamos.

Partimos hacia el refugio, yo en cabeza, Helan detrás y Clara la última. Me pregunto que pensará Helan de mí, si le habrá hecho ilusión encontrarme y cómo me verá después de tanto tiempo.

- ¿Elías te puedo decir una cosa?
- Sí claro, puedes decir lo que te apetezca.
- Estás más guapo sin pelo que con pelo.
- Gracias. Menos mal que no es al revés —me río y se puede oír la risa de Clara—. Si no tendríamos un problema. Pero, el tema pelo no será para perder tiempo y no contarme la historia ¿verdad?

—Bueno va, no me escaqueo más. Clara trabaja de camarera, bueno trabajaba, y yo pasaba por ese local de vez en cuando con Dani, mi ex. Me encanta ese sitio a cualquier hora del día, se está muy tranquilo y es ideal para tomar un té o para comer, incluso a veces me llevaba el portátil alguna mañana y trabajaba desde allí.

»Cuando lo mío con Dani empezó a flaquear me iba después de trabajar, a las seis y media más o menos, hasta que sentía ganas de volver a casa. A veces esas ganas no llegaban nunca y me iba a mi casa sin ganas de ir a mi casa, pocas cosas debe haber en esta vida que sean tan tristes.

- Pues sí, la verdad —le digo.
- Me llevaba libros, la tablet y todo lo que podía para pasar el rato de la mejor manera posible, pero siempre acababa hablando con Clara.

—Ya, y surgió la cosa.

—Surgió la amistad, la compañía y el respeto. Y eso hizo que cada vez tuviera más ganas de volver y menos ganas de ir a mi casa. Me sentaba en la barra, siempre en el mismo lugar, al lado de la columna y detrás de la columna el paso de los camareros. Veía a Clara pasar por delante unas cincuenta veces en una tarde, y me encantaba mirar como conjuntaba su ropa, sus complementos y como conjuntaba su sonrisa con mi estado de ánimo. Clara me daba la sonrisa que yo necesitaba cada día, la hacía a medida para mí.

- ¡Guau! Como me gusta eso que dices.
- Pues así era y así es, y espero que siga siendo —en ese momento se gira y le da un beso en los labios a Clara. Yo me lo he perdido porque iba caminando mirando hacia delante hasta que me he dado cuenta que hablaba solo.
- Claro que sí, confía —le digo animándola.

—Si llegaba alegre una risa alegre, si llegaba triste una sonrisa tierna, si llegaba enfadada me sonreía y si no se la devolvía me hacía pucheritos y claro, se me quitaba el enfado.

»Dani llevaba fatal lo de no poder tener hijos, era superior a él, y solo de pensar que podía ser él el que tuviera problemas de fertilidad, se venía abajo, demasiado orgullo. Cuando empezaron las pruebas para los dos, yo ya estaba viviendo con Clara en mi pensamiento; me despertaba pensando en ella y me dormía igual, iba a comprar cosas para casa y acababa comprando regalos para ella, si veía una película me recordaba a ella, si escuchaba una canción, lo mismo.

—Me vienen dos cosas a la cabeza, que bonito y que mal rollo.

—La espera de los resultados es horrorosa. Como sería el tema que yo deseaba que me dijeran que los problemas los tenía yo, y de este modo Dani se iría alejando y la cosa se enfriaría porque yo no estaba dispuesta a hacer ningún tratamiento. Porque no quería ser madre.

—A lo mejor ese era el problema y la solución —le digo.

—Pues esa semana fue la que desencadenó todo.

—¿Todo?

—Todo. Dani empezaba a sentirse celoso y barajó un montón de nombres de hombres con los que me podía estar enrollando, pero jamás se le pasó por la cabeza pensar en Clara, aunque no había pasado nada aún. Empezó a llamarme como diez veces al día.

—Yo creo que más —añade Clara.

—Puede ser, sí. Al tercer día de espera nos llamaron que había habido un problema con las muestras y se habían perdido las de los dos, que si podíamos ir a repetir todo de nuevo. Yo me negué y les dije de todo. Él no se negó y me dijo de todo a mí. Al día siguiente no fue a trabajar para ir a repetir todas las pruebas de laboratorio, y cuando se fue me miró a la cara y me dijo que aquello no iba a quedar así.

»Yo ya estaba desconectada del todo; del matrimonio, de la relación y de mí, solo quería cerrar los ojos y que todo pasara lo más rápido posible. Esa misma tarde Dani me llamó desde casa a las siete y media para preguntarme si pensaba volver a casa y le dije que sí pero más tarde. Se presentó en el bar muy amable y saludó a todos y a todas como si en su puta vida no pasara nada.

—Mira que paisajes vais a disfrutar el tiempo que estéis en el hotel La Pola —les digo al mismo tiempo que señalo con mi dedo a la montaña de Montserrat, intentando distraer un poco para que la conversación no suba mucho más de intensidad, ni quiero, ni lo necesito—. Estamos muy cerca. Perdona Helan que te he interrumpido.

—Pues eso... —me dice más relajada—. Se bebió dos cervezas y a los veinte minutos me dijo que fuéramos a casa. Le dije que subiría en un rato y me dijo que subiera con él. Y así hasta que me gritó: ¡Que vengas para casa coño! Y me agarró del brazo y me dio un tirón seco que me disloco el hombro.

—Perdona Helan, un momento, si no quieres no sigas —a mí me está sobrepasando la conversación, no sé cómo estás tú.

—No pasa nada. Me va bien hablar, y si está saliendo contigo es por algo. Acabo ya. El dolor me hizo gritar y Clara saltó la barra y... —me mira, la miro, miro a Clara—. Sí, sí, saltó la

barra y se puso delante de mí. Yo estaba en el suelo en ese momento cogiéndome el brazo para intentar encontrar un punto sin dolor. La gente empezó a llamar a la policía y a pedir calma. Clara acaba tú por favor.

—Pues eso —Clara quitando importancia al asunto—. Me puse delante y me dijo que me quitara del medio que era una bollera de mierda. Le dije que no se acercara y se acercó.

—Y... ¿qué pasó?

—Pasó lo que pasó. Que se quedó con la boca cerrada y fractura en el tabique nasal.

—¿Y la policía?

—Se fue corriendo y ni me denunció. Nosotras a él sí.

—Va, acabad esto bien por favor, decidme algo bonito.

—Pues que fue la primera vez que dormimos juntas, y a la mañana siguiente nuestro primer beso —dice Helan.

—Bueno, pues si os giráis, hemos llegado. Pareja, este es vuestro hotel.

Después de visitar la cueva, nos hemos sentado a contemplar la mañana calurosa que avanza galopando. Miro el reloj, las 12:28 AM, pero de mañana esto ya empieza a tener poco. Compartimos unos frutos secos y unas patatas hablando de recuerdos de la época de estudiantes y yo les enseño fotos de mis hijos. Clara empieza a explorar la zona, por aquí, por allí, por arriba, por abajo... es una chica con mucha agilidad y fuerza. Su peinado me encanta, cortado por encima de los hombros y un lateral rapado que se oculta debajo de un pelo suave y sedoso que le presenta dificultades para fijarlo y está constantemente con la mano poniéndolo detrás de la oreja. Helan le pasa una diadema, me mira y me dice que no para nunca de hacer cosas, que es un culo de mal asiento, pero que le llena sus días y sus noches con atención y cuidados. Es guapa, esbelta y fuerte, la puedo ver ahora encaramada a una roca intentando el ascenso hasta la cima, con sus brazos estirados, agarrada a la pared y sus piernas fornidas y sus glúteos moldeados aguantando toda esa tensión.

—Clara está muy fuerte —le digo.

—Vaya, es una pasada. No para, por la mañana hace kick boxing, y si no se cansa hace un poco de tonificación en la sala, trabaja por la tarde en la cafetería y los fines de semana y festivos busca actividades al aire libre.

—Luego le dices que a unos treinta metros hacia allí —le digo señalando el lado derecho —, justo detrás de esos arbustos y la encina, está La Foradada del Quart de Reixa, que es un paso de viento que atraviesa la montaña de lado a lado, tiene unos veintiocho metros más o menos de longitud, es muy chula, la más grande del parque natural. Si no te gusta la aventura, tú mejor te quedas aquí.

—Creo que te haré caso.

—Hace calor ¡eh! Voy a ir bajando que si no me va a dar algo por el camino. Me alegro muchísimo de haberte encontrado, ha sido un placer compartir este ratito con vosotras.

—A mí también me ha gustado encontrarte después de tanto tiempo. ¿Sabes? Me dijo Nuria que te vio muy mal hace unos años.

—¿Nuria?

—Sí, Nuria Soler, compañera nuestra en la Escola Edgar, es enfermera. Me dijo que te habías separado y no lo llevabas bien.

—O lo llevaba muy mal, mejor dicho. Han pasado ya diez años, casi once, todo queda muy atrás. Y llevamos bastante trabajo personal a la espalda...

—Cuando te he visto te he reconocido, pero he sentido miedo, ha sido muy raro. Me han venido sus palabras a la mente. Vaya fallo ¿no?

—Bueno, no hagas mucho caso, no te tortures. Hemos estado bien a pesar de todo. Esta montaña es mágica, es sanadora.

Me pongo en pie y ella también, nos abrazamos y compruebo que sigue siendo más alta que yo y que su cuerpo es blando como era antes. Después del abrazo largo y sentido nos miramos cara a cara y veo sus ojos azules mojados queriendo verter lágrimas, que viertan también la angustia de sus duros días. Su tez blanca como siempre, con la ausencia de aquellos granitos de acné juvenil y la presencia de algunas arrugas de la edad, se rompe con el brillo de las lágrimas.

—Va, todo irá pasando. Por cierto, dame tu número de teléfono para que estemos en contacto.

—Sí claro. Espera un momento que aviso a Clara para que se despida.

Besos, abrazos y vuelta al camino. Vuelvo pensando en las vueltas que da la vida, respiro y me dejo sentir todo este movimiento que llevo dentro. Ahora paso por un lugar con una pendiente pronunciada a mi derecha y la gran pared de Els Catellots de Tanca a mi izquierda, en este mismo lugar he pasado momentos de risas con Manolo, Ivan, Dani, David... Cuando veníamos a pasar cuatro o cinco días en el refugio del Escamilla como se reconocía en el barrio de Les Arenes.

Hay gente en la fuente, los puedo oír desde aquí pero no voy a dejar más el camino por hoy, aunque tengo sed. Cuando llego de nuevo a la esquina del atardecer, donde encontré a Helan y a Clara, me giro y miro hacia el hotel de La Pola que se ve a lo lejos. Siguen fuera, las dos, las puedo ver. Han colocado una bandera en la parte superior de la cueva. Levanto el brazo derecho con los dos palos cogidos por la mitad y digo en voz baja, cuidaros mucho.

A los tres segundos me llega un grito precioso... Amores de barraaaaa...

Historias para no dormir

Me podía haber quedado a dormir con Marta en su casa y he preferido mejor no hacerlo, no se duerme bien con una persona a la que no conoces de nada, aunque acabes de follar con ella, sigues sin conocerla. Después de una tarde y una noche de mucho movimiento, lo único que quería era volver a casa, recogerme. Volver a mi casa física y volver a mi casa espiritual, ese lugar en el que uno está consigo mismo, solo pendiente de eso, de lo que siente, de lo piensa y de lo que

necesita, su casa. He llegado a las tres y a las ocho estaba desayunando para salir a caminar, es la agitación del momento, es agradable y cansa a la vez.

Si tuviera que elegir un año de mi vida en el que mejor haya dormido, sin duda, este no va ser. Será el año de otras cosas, seguro; el año de mi nuevo show cómico, el año que he descubierto que no trabajaré más con proxenetas, tiranos y mafiosos, el año en que he tenido que gestionar el ingreso de mi padre en una residencia, el año en que he descubierto a nuevas personas que ya tienen un lugar en mi corazón... Y quien sabe si será el año que publicaré mi primer libro.

Busco atajos entre los pinos y las encinas para abandonar el camino ante la mirada del sol abrasador. Busco refugios, como en la propia vida, esos refugios que nos permiten descansar y conservarnos para volver a arrancar otra vez, volver a la metáfora de la vida, y digo metáfora porque no estoy convencido de que la vida que tenemos sea en realidad la mejor que podemos tener.

Qué gran alivio el humor, la perspectiva cómica de las cosas es algo que solo ven algunos. Observar y encontrar otro punto de vista, que no por ser cómico es mentira, todo lo contrario, el humor nace en el día a día y es la parte de verdad ante tanto teatro. Ante la exigencia de ser seres completos, perfectos y correctos, está la verdad de ser incompletos, imperfectos e incorrectos que surge de manera involuntaria y fuera del control. Como cuando un futbolista millonario y campeón del mundo, muestra dentro de su euforia que es analfabeto. Como cuando una política de primer nivel muestra con tres copas demás que su inglés no llega al nivel más bajo. Como cuando uno va a hablar con el tutor de su hijo sobre su comportamiento en clase y cuando llegas al centro, el profesor ha sido cesado por mala conducta. El humor es la modelo que caminando sobre sus tacones se tuerce el tobillo, soy yo cuando me hacen una broma y no la pillo, el humor es el violento cuando descubre que su violencia esconde debilidad. El humor es tener tantas prisas en la vida que se te caen las cosas de las manos, te tropiezas, te enfermas, te apuras, pero sigues corriendo. El humor es tropezar con la misma piedra muchas veces y no saber qué hacer, y mientras piensas qué hacer, vuelves a tropezar.

No quiero que mi libro hable del humor, tampoco quiero hablar de amores imposibles ni historias maravillosas que se perpetúan en el tiempo yendo y viniendo, hasta completar una cadena de locuras y tragedias inolvidables. Quiero hablar de amores de barra, del expositor de la barra, de esa persona que se apoya y pide un café, una cerveza o un bocadillo de salchichas del país pero no dice de que país.

Tengo muchas y diferentes. Tendré que hablar de Manuel que perdió un hijo en un accidente de moto hace ya treinta años, y lo he visto llorar de más de doscientas cincuenta y siete maneras distintas y en otro número de bares similar. No podré obviar el caso de Pedro, un hombre a dos años de su jubilación con menos dientes que un pañuelo y que solo sabía gritar y trabajar. Lo conocí detrás de los gritos y el trabajo, pero solo un poco, no me dio tiempo. Se colgó en el comedor de su casa cuando descubrió que la hasta ahora su pareja, iba y venía con un especialista del barrio en romper matrimonios y en adornar las cabezas de los vecinos con alegres cornamentas. Aprendí a imitar su voz y sus gestos, y eso nos trajo algún momento de risas, pero después del su muerte jamás se me pasó por la cabeza imitarlo, y ahora ya no recuerdo ni su imitación. Pasamos rápidamente al olvido.

He cogido un atajo en la parte final del camino, lo hago a veces para no aburrirme y descubrir nuevos lugares, aunque he de confesar que a veces me han llevado al lugar que no esperaba y que en vez de un atajo era una trampa. Desciendo por un camino estrecho, que me lleva a un desnivel de aproximadamente dos metros que se ha de superar bajando con cuidado, pisando unas raíces y alguna piedra que sobresale. Cuando llego abajo encuentro una sima a mi derecha y un indicador; “Lavenc del Picarol. Longitut 30m. Profunditat 16m. Sabía que me esperaba algo, ahora noto el sudor y el ritmo de mi corazón, es trepidante la exploración, aunque probablemente yo jamás entraré en esa sima de entrada estrecha, me alegra descubrirla y me alegra saber de otro rincón más.

Me paro, respiro profundamente, y de nuevo a seguir, estoy muy cerca del coche ya. Ahora es un buen momento para tomar una cerveza y picar unos frutos secos, o lo que sea, y después a comer. Siento una vibración en mi espalda, y otra y otra, sea quien sea quiere saber algo; Hola, ¿cómo estás?” ¿Qué haces luego? y seguramente es Marta desde su trabajo. O mejor no, espero que sea cualquier otra persona menos ella. O sí, prefiero que sea ella antes que cualquier otra persona. ¿Le habrá gustado lo de la noche pasada? ¿Habrá disfrutado? Yo estaba más pendiente de dar que de recibir, y la verdad no lo disfruté del todo, como si fuera más importante dejar bien alto el listón que el propio placer, aunque dejar el listón alto supongo que te otorga el placer del ego. Hubo un momento en que paró y dijo: Joder, qué bien lo comes, pero no dijo mi nombre ni nada, así que me creo lo justo. Aunque entiendo que si no le hubiera gustado no hubiera dicho nada, o puede ser que eso lo diga siempre, por cortesía, como yo cuando digo otras cosas.

Llegando a mi coche saco las llaves de la mochila y aprovecho para mirar el teléfono

“Hola Elías” “Esta tarde no podré ir a la residencia a recoger al papá” “¿Puedes ir tú?” y así es como se pasa de cien a cero, en un segundo; de recordar el polvo de ayer a pensar en tu padre, en tu hermano y en la madre que te parió.

No te vayas, por favor, céntrate, no te entretengas con lo cotidiano ni te pierdas en fantasías, me digo a mí mismo para mantener el orden y de paso reírme un poco. Una pareja que pasea a su perro me miran y me sorprenden riéndome solo, se me vienen mil cosas que decir para justificar el momento, pero la más fácil es anunciar mi boda.

No sé si me apetece hablar en mi libro de esas historias para no dormir, pero omitirlas sería injusto. Conozco muchas, algunas solo a la persona, otras conozco a la persona y la historia contada por ella misma. Hay tantos amores de barra como personas en la barra y en los bares, solo conozco las que por un motivo que desconozco me atraen y es una selección natural, sin muchos elementos a tener en cuenta.

Ahora que me ha escrito mi hermano, me ha venido a la cabeza las palabras de un vecino: Todo el tiempo que puedas estar con tu padre es el tiempo que luego tendrás de él en tu recuerdo. Y la frase tiene mucha lógica y mucha razón, la vida sin los padres no es igual, la vida sin poder descansar pensando que no has hecho lo que podías no debe ser igual, pensar en tus padres ya fallecidos y que te quede una brizna de remordimiento, no debe ser bueno para un ser humano. Probablemente este vecino que me habla desde la experiencia, habla de lo que no supo hacer y

ahora paga, pero a mí eso no me importa porque nunca me ha importado. Considero que los lazos parentales deben estar sanos en vida y más aún en muerte.

Es inevitable pensar en Caños, sin duda el amor de barra que más me impactó, lo conocí en la barra y me atraía su cultura y su manera de pronunciar las eses en las palabras. La gente lo repudiaba por pesado, por borracho y por sabelotodo, pero a mí eso me atrae, es más, sinceramente creo que me atrae todo lo que tiene un punto de eso que los demás llaman locura, y para mí es pura vida simplemente. Caños escuchó una conversación en la que hablaba de mi trabajo y me oyó decir el nombre de la empresa en la que estaba destinado a hacer tareas de coordinador para realizar las revisiones médicas.

—Ahí trabaja mi hijo —me dijo y me dio su nombre completo.

—Pues ahora no caigo Caños, pero por mis manos pasará su revisión médica y tarde o temprano lo veré.

—No le digas nada de mí —me dice apoyado en la barra del bar y tocándose la nariz con un pañuelo.

—Eso... ¿por qué?

—No me quiere ver, no quiere saber nada de mí desde que me separé de mi mujer.

—A veces pasa eso, dale su tiempo... ya se verá.

—No, dice que no me quiere ver porque bebo alcohol y voy por los bares —vuelve a tocarse la nariz.

—¿Qué tienes en la nariz?

—Nada, me ha salido un bulto que me supura y me lo están mirando.

—Joder tío, cuídate. Oye... que eso de tu hijo es una putada. ¿Cómo lo llevas?

—Mal porque no vivo tranquilo...

—Me imagino...

—El pequeño sí que me habla, voy a su casa y todo, pero el grande no me quiere ni ver. Me ha dicho una amiga, que es psicóloga, que me va a ayudar a que lo arreglemos.

—Hombre, si hay voluntad Caños, se arregla, no tengo ni una duda. ¿Estás dispuesto a ponerte delante de él para escucharlo?

—Yo sí, siempre.

—Pues entonces se hará y verás que será más fácil de lo que tú crees.

Pasaron pocos días hasta que en el comedor de la planta de Vacarisses reconocí a un chico que había estudiado en la misma escuela que yo, e incluso habíamos jugado a balonmano juntos.

—Perdona. ¿Te conozco verdad?

—Pues no sé, puede ser.

—Sí claro, tú hiciste la EGB en el JOAN XXIII.

—Pues sí. ¿Tú también?

—Sí, yo iba a tu mismo curso pero repetí en segundo, pero tú ibas con Rafa Ufarte, Javi y demás.

—Sí. Hostia, ahora que lo dices, ¿cómo te llamas?

Pero esa no era la pregunta buena, la pregunta buena era: ¿Cómo te llamas tú?

—Toni Ángel Galvez —me dijo.

—Tú eres el hijo del Caños.

—No me digas que... conoces a mi padre... Está hecho polvo. Seguro que lo conoces del bar.

—Bueno sí, pero hace poco que lo conozco. Tu padre me cae bien, habla de su trabajo con sus niños como si fuera lo mejor que tiene en su vida. Y trabajar con niños con parálisis cerebral no es cualquier cosa, no todo el mundo lo hace.

—Bueno, es su trabajo.

—Escucha, no te quiero agobiar y no sé lo que pasa entre vosotros, pero tu padre está mal. Imagino que tú también porque vivir en guerra con tu padre no debe ser de buen gusto, pero no abandones la posibilidad de hablarlo. Él quiere porque sufre, yo lo he visto con mis propios ojos.

—Él ya sabe lo que tiene que hacer. Ya lo sabe.

—Insisto, no quiero darte lecciones de nada, te digo lo que he visto por si te sirve de algo. ¿Ok? Me alegro de haberte encontrado, nos vemos por aquí.

Pasó un año hasta que volví a aparecer por las instalaciones de Vacarisses porque estaba destinado en la planta del Carrer Potosí. En ese año pasé poco por el bar en el que me cruzaba con Caños porque estaba gestionando otras cosas que me robaban el tiempo y la paciencia.

Me crucé con Toni cuando iba a realizarse su revisión médica. Y me alegré mucho de verlo. Me dio dos noticias, una mala y una buena; la mala, el bulto de la nariz de su padre era un tumor en las fosas nasales con metástasis hasta los pies. La buena, con la que se me saltó alguna lágrima, Caños vivía con él en casa desde hacía unos meses.

No sé cuánto tiempo pasó hasta la siguiente noticia, me enteré de su fallecimiento. Aquella noche me costó dormir, espero que fuera a costa del descanso de Caños.

Subo el volumen y acelero, la carretera hasta Les Pedritxes es un buen camino para pisar el acelerador y dejarte llevar un poco, por el asfalto y la música...

Desde hoy, no temas nada
no hace falta ya,
todo se fue con el huracán...

Hoy voy a empezar

Semáforo en rojo. Saco mi teléfono y me dispongo a utilizar la grabadora:

Hoy he decidido iniciar el trabajo de mi libro. A partir de ahora dedicaré horas escribiendo a los amores de barra, a todas esas perdonas que he conocido en los bares, como punto de referencia. Hablaré de sus camareros, de sus clientes, de mis amigos, de todo lo que me dieron y me dan, de los buenos momentos y los malos.

Explicaré que...

El coche de atrás me toca el claxon para que avance, normal, me he quedado en mi mundo creativo volando y no veía nada más que estuviera mejor. He suspendido la grabación pero no la

idea.

Entro al Restaurant L'Eclipse y digo un hola que a todos extraña. Joder que energía, me dice alguno. Luis me saluda con un efusivo abrazo y Felipe valora mi estado de ánimo. Por un momento me siento como el actor principal y he de reconocer que mi narciso se encuentra como pez en el agua en esa situación.

—Elías, tenemos que cuadrar fechas para las siguientes actuaciones —me dice Felipe.

—Vale, dime los días que vas a querer y buscamos cómicos que están libres.

—Para este mes solo entra uno, y ya para septiembre el otro, a finales mejor, para el día veintiocho.

—Te lo miro y te digo, luego me paso que ahora vengo de caminar y estoy sudado. Me apetece una ducha.

Me llega una cadena de mensajes al móvil. “Hola guapo, ¿has dormido bien?” “A mí me ha costado levantarme mucho”. “Tengo mucho sueño, pero sarna con gusto no pica”. Carita riendo. Carita riendo. Besitos con corazón. Besitos con corazón. Besitos con corazón.

Guardo el teléfono en la mochila y la cierro.

—¿Qué te pasa en la cara? —me dice Felipe.

—¿Qué me pasa?

—Pues que se te ha encendido... ¿me tienes que decir algo?

—Pues no, en principio. Bueno sí, que voy a escribir un libro.

—Ya lo has decidido, veo.

—Pues sí, a ver como va.

—¿Pues cómo va a ir? A veces eres más tonto... —entra Luis en la conversación—. Pues bien, como todo lo que haces, porque lo haces desde el corazón. ¡Anda! ponle una cerveza a ver si se espabila.

—Va, una cañita que me tengo que duchar.

—Sí hijo sí porque te habrás ido al campo pero el olor que traes no es a romero precisamente —risa canalla que contagia a todos los de la barra.

—¿Y tú qué haces aquí? ¿Hoy te toca salir? —le devuelvo la pelota.

—Me ha dicho mi mujer que cada día estoy más pesado —me dice con esa mirada que me indica que me tomará el pelo de un momento a otro—, y le he dicho pues me voy al bar, cucha y se enfada. Porque dice que ella no ha dicho pesado, sino más gordo.

—Luis, me desbordas ¡eh! —le digo sonriendo—. Mira que te quiero pero te voy a coger una manía —volvemos a reír todos los presentes.

Por detrás se acerca Ángela, una camera que hace poco que está trabajando en el restaurante y que alguna vez hemos tenido algún choque por no conocernos, simplemente.

—Hola señor, usted entra y... ¿cómo es que ni me saluda?

—He dicho hola a todos.

—Ya, pero a mí me tiene que saludar aparte, soy *especial* —me dice riendo y con ese acento dominicano.

—Pues tienes razón, la verdad.

—Oye, ¿qué es eso de que va a escribir un libro?

—Es una idea que llevo ahí en la cabeza desde hace tiempo y creo que ha llegado el momento.

—Ya, ¿y yo voy a salir en tu libro? —me lo dice pero me lo pide.

—Claro que sí, vas a salir, tienes que salir.

Ángela lleva en España tres años y trabajando en Eclipse algunos meses. A veces cuando habla es fría y demasiado brusca, y consigue el efecto contrario de lo que quiere. Un día tuvimos un encontronazo bastante fuerte, bueno ella no, lo tuve yo. Exigí respeto y buenas formas porque ese exceso de confianza no se lo iba a tolerar. Recuerdo que la frase final fue, a mí solo me regaña mi madre y ahora ni ella. Toda una demostración de fuerza y chulería, sin haber visto lo importante del contexto y sobretodo a la persona. Acto seguido, aprovechando que con otro cliente surgió algo parecido y que encontró el apoyo de su jefe, intervine para rebatirlo, alegar mis razones y mostrarles mi enfado marchándome a mi casa. Mandé a la mierda a todos y me marché.

Pude hablar con Felipe y poner nuestras diferencias sobre la barra, que al final son muy pocas y todo quedó en eso. Con Ángela lo pude hablar con calma y echar la culpa a otros que siempre alivia, y nunca más nos ha sucedido algo parecido, todo lo contrario.

Una mañana mientras tomaba un café con hielo, Ángela me hablaba de la necesidad de marchar a su país para descansar y ver a su familia.

—¿Tienes mucha familia? —le dije

—Bueno, no mucha. Pero tengo a mi madre y a mi hijo.

—Claro, ahora lo entiendo todo. ¿Qué edad tiene tu hijo?

—Pues ahora ha hecho cuatro añitos, *resién*.

—Guau, no veas. Y... ¿qué edad tenía cuando te marchaste?

—Pues yo lo *dehé* que apenas tenía un añito.

—Claro, no me extraña que tengas ese carácter, es algo tan vital estar cerca de los hijos.

—Cuando me llaman que se enferma o se cae o algo lo paso fatal.

—No me digas nada más, no es necesario —se fue al comedor de abajo y al subir, sus ojos parecían que querían dejarse ir pero algo les hacía resistir, no sé si la vergüenza o el miedo a mostrarse del todo—. Oye, un abrazo joder.

Y así sí que dejó salir algo más que palabras.

—*Entonces, díse* que saldré en su libro. ¿Y por qué? —me dice curioseada.

—Ya te lo explicaré... pero es un libro que habla de amor. —me río y me voy hacia la puerta—. Hasta luego familia.

Y me marché dejando la bomba y siendo consciente de haber dejado sembraba la duda en todos y también las risas. Camino al coche podía oír los comentarios que afirmaban que habría boda en poco tiempo, y más me reía. Es decir amor y el mundo piensa en casarse, en parejas, en

sexo. Si pensáramos en otras cosas para entender el amor nos iría mejor a todos.

Saco el teléfono de mi mochila para contestar a Marta y no sé exactamente que decirle. “Hola, pues vengo de la montaña ahora. Tampoco he dormido mucho” “Pero bueno, como tú dices, sarna con gusto no pica”. Creo que esto está bien.

No recordaba esas dudas que me entran cuando conozco a una chica, debo esforzarme en ocasiones para poder ser natural y no cuestionarlo todo. Acabo pensando, si no le gusta algo que lo diga y si le gusta algo que lo diga también, pero hasta que llego a esa conclusión pasa algún tiempo y a veces ese tiempo desgasta un poco. También es cierto que cada vez lo digo antes, también es cierto que cada vez tengo más experiencia, también es cierto que cada vez soy más mayor.

Si hay algo que sé seguro en esta vida, es que sé lo que no quiero en mi vida. Esa es otra de mis frases, me la grabé en el disco duro después de mi gran crisis personal y cuando paso por momentos complicados me aparece como un bálsamo.

—“Hola papa como estas” “Vamos al rio otra vez hoy” “Porfa” —me escribe mi hijo sin acentos, ni interrogantes ni nada.

—“Vale, después de comer te recojo”

—“Vale se vienen mis amigos”

—“Perfecto, te digo hora en un rato”

Y esta es la tarde, en mi Opel Zafira, arriba y abajo. Río va, río viene, y los chicos siempre cerca que dan alegría. Llegamos al río y no se conforman con bañarse en la poza que estamos, quieren explorar más lugares y los dejo a su aire un rato. Aprovecho para sentarme en la piedra que dibujé un ojo donde veía un pez, y una chica y un chico, creo que más jóvenes que yo, hablan de sus asuntos a mi espalda. El tema de la edad es algo que no controlo demasiado bien, creo que es debido a que estoy perdido con la mía. Haré cuarenta y uno en septiembre, pero de los veintisiete hasta ahora, en mi mente hay un paréntesis, no sé si ha sido consciente o inconscientemente pero no recuerdo todo, solo recuerdo celebrar mis veintisiete y no recuerdo el lugar.

Aprovecho para cerrar los ojos y respirar profundamente con el ruido del agua de fondo, las palabras de la pareja que habla detrás se van disipando hasta convertirse en un sonido más de ambiente. A lo lejos puedo escuchar las voces de los niños que inundan la Riera de Rellinars, habrán encontrado algo que les estará deparando nuevas experiencias, siempre descubren, siempre aprenden. Me pongo en pie y salto al agua, voy nadando hasta la orilla y al subir por la roca para llegar a donde estaba sentado, la chica que hablaba se ha puesto en pie y se ha quitado el top que llevaba de ganchillo y ha dejado al aire unos pechos preciosos y perfectos.

—¿Está fría? —me pregunta.

—Para nada, está perfecta ya verás —mientras observo su sonrisa y su corte de pelo con un lateral rapado, no sé qué tiene ese corte que me gusta tanto.

Vuelvo a mi posición y oigo como la chica salta al agua y anima a su amigo, creo, a que haga lo mismo. Los oigo reír y hablar de cosas de grupos de amigos; infidelidades, locuras, fiestas, estados provisionales, borracheras, trabajo, universidad, próximas bodas y futuros divorcios. Abro los ojos y no oigo a los niños de fondo, me pongo en pie y pido a la pareja que me vigilen las bolsas para poder ir a ver por donde andan.

El camino es estrecho y con mucha vegetación, es el camino en el que me cambié ayer cuando vine con Marta y por el que no avancé más de un metro. Intento pasar, me pincho, me engancho con las zarzas, me viene una avispa, intento no rozarme con las ortigas, encuentro menta y la agito para que huelga, subo por unas piedras hasta un plano donde si no recuerdo mal había hace años otra poza. Aquí está, pero llena de cañas, juncos y mucho sedimento, intransitable aunque solo sea para mojarse los pies. Oigo venir a los chicos, Quique con sangre en un dedo del pie, Jan con una rozadura en el costado e Ismael con tres picaduras de mosquito en el pecho.

—La hemos encontrado papá, es chulísima. Ven a verla —me dice Ismael.

—Vale, vamos allí si queréis pero hay que recoger las cosas y traerlas.

Volvemos a la poza de abajo a coger nuestras pertenencias y me despido de la pareja. Al entrar de nuevo al sendero Quique se me acerca con sus once años y me dice:

—¿Seguro que quieres venir, no prefieres quedarte mirándole los pechotes a la chica? Es lo que yo haría.

—Eso harías... ¿de verdad? —me río por su franqueza y espontaneidad—, sabes qué pasa Quique, que soy el que os ha traído y tengo que estar por vosotros.

—Ah vale, pero si no te quedarías ¿no?

—¡Tira anda!

Me vuelvo a reír con Quique y mientras me río intentamos trazar una ruta secreta por la montaña, en chanclas o con zapatillas que no se corresponden al territorio que tenemos que atravesar. Acabamos dando marcha atrás y volviendo al lugar de origen para ir por el sendero más seguro. De vuelta, Ismael desaparece, parece que algo lo ha engullido, el suelo se lo ha tragado de repente, ha pisado el borde del camino y la tierra ha cedido y se lo ha llevado con él. Me río por no llorar, menudo susto, afortunadamente ha caído en un bancal metro y medio más abajo y la situación no pasa de cómica.

—Tío que te vas a matar... ten cuidado.

—Desapareces como los ninjas —añade Quique y nos hace reír.

Conseguimos entrar en el sendero y vuelta, zarzas, avispas, ortigas, mosquitos... hasta llegar a la parte del camino que discurre sobre roca y sobre ella hasta la poza de arriba.

Dos rocas enormes para poder saltar y ni un rayo de sol. Salta uno, el otro, otro y yo. Entro en el agua y el agua entra en mí por mis fosas nasales, está fría, bastante fría, pero es ese frío que

gusta. Salimos del agua y trepamos por la piedra hasta llegar al lugar de salto en el que empieza la exhibición de saltos de Quique, el más pequeño empujado por los grandes. Se tira de mil maneras y siempre cae mal, de plancha, de espalda... siempre mal ante las risas de los grandes y un poco de mi sufrimiento y el de un chico y una chica que están sentados en una postura tierna, hablando en voz baja y liando cigarrillos.

Por las rocas descubrimos unos toboganes que limpiamos con agua de restos de tierra y nos tiramos una y otra vez, hasta hartarnos. Hago fotos y videos del momento y pienso en enviarle a Marta y le mando; le mando dos fotos de la poza y ella responde con emoticonos de caras de sorpresa y añade: “Esta no la vimos, ya me la enseñarás”. No la conozco y tengo la sensación que Marta es tan próxima como distante, que se acerca y se aleja según su interés, no sé, en su forma de hablar, en su forma de escribir y en su... Es posible que sea un juicio gratuito o es posible que tenga razón, lo cierto es que su imagen de seguridad e imperturbabilidad me da ganas de abrir sus puertas rompiendo todos los candados. Creo que esto me suena, creo que esto ya se me ha repetido con alguien y que no acabó bien, quizás ahora tenga que repetirlo y que acabe bien porque tengo muchos invitados para la boda que he anunciado hoy a los jubilados.

—Chicos, nos vamos. Recoged todo y no olvidéis nada que no podremos volver.

Camino de vuelta, llegamos a la primera poza y la pareja sigue allí, Quique se acerca y me susurra al oído que están esperando que nos vayamos para echar un kiki, le doy una colleja y le digo, tira para allá anda. Me río con el comentario y el chico me ve y se ríe.

—¿Qué te ha dicho, alguna barbaridad, no? —me dice.

—Si supieras lo que me ha dicho te reirías como yo.

—Mejor... no quiero saberlo. ¿Son tus hijos?

—No, mi hijo es ese —señalo a Ismael que está en el otro lado de la poza planificando un baño de despedida con Jan.

—Sois de Terrassa, me ha parecido oír.

—Sí de Terrassa. ¿Tú también?

—No, yo soy de Esparreguera y ella de Olesa —al mirar a la chica observo a Quique como se la mira.

—Pues mira, este sábado actúo en el Ateneu de Esparreguera que hay monólogo. No sé si lo sabes.

—Sí, los sábados hay monólogo. Eres monologuista, que guay. Oye pues me pasaré.

—Pues allí os veo si queréis. Os invitaré a una cerveza.

—Una cosa, que os dejáis el libro ese, al final te ibas y no te lo decía.

—¿Qué libro?

—Ese de allí, el amarillo —me dice señalándome una roca.

—¡Uy! Vaya fallo, gracias hombre. No me lo perdonaría si lo pierdo. Este escritor era profesor mío de gimnasia cuando hacía FP1 —y señalo la foto de Pep Puig Ponsà—. Dentro de poco se estrena “La Vida sense la Sara Amat” en cines, que también es un libro suyo. Y este es diferente y me mola mucho “Els Metecs” se llama.

—Interesante.

—Bueno, solo si te gusta leer. No te entretengo más, nos vemos el sábado en Esparreguera

—les digo dirigiéndome a los dos.

—No, ella no vendrá porque trabaja los sábados hasta tarde, tiene un bar en la zona del centro y los sábados tienen trabajo.

—¿Llevas el bar? —le digo muy curioso a la chica.

—Sí, lo llevo con mi pareja desde hace tres años.

—Ahora os voy a revelar un secreto, voy a escribir un libro y creo que se va a llamar: “Amores de barra”.

—Me gusta mucho el título —dice ella.

—¿Va de amor? —pregunta él.

—Sí, exactamente de eso —les digo a los dos—. Del amor en pareja, del amor en la amistad, del amor del padre y de la madre, y de esa gente que es un amor. Que somos todos, al fin y al cabo.

—Pues podemos explicarte unas cuantas historias —me dice ella.

—Eso siempre, pero la que más me puede interesar es la tuya —le digo a ella desafiándola, no sé por qué, pero siento que esconde algo.

—¿La mía?

—Claro, no escribo historias que me cuentan de otros, son vivencias propias o que me han explicado los protagonistas.

—A vale, te entiendo —me dice la chica acercándose tres pasos a mí—. Te refieres a que no te interesa la historia de Juan o de Mari, o la del carnicero del pueblo que se ha liado con tal...

—A eso me refiero... —le digo—. Me interesarían si me la explicaran ellos. A mí me puede gustar más o menos la tuya.

—*Mare meva*, y qué te puedo decir yo. Si no tengo vida con el bar.

—Exactamente eso, que me expliques cómo es no tener vida, bueno si quieres.

¡Bomba! Y Chapuzón. ¡Bomba! Y chapuzón. ¡Bomba! Y chapuzón.

Con esos tres avisos, los chavales saltan al agua y se empapan de nuevo. Los miro y me acuerdo del que los ha traído al mundo, con simpatía claro, y ellos me responden con unas risas y me anuncian que es la despedida del río.

—Oye os dejo que estos no me los llevo de aquí ni mañana. Por cierto, soy Elías.

—Yo David, encantado.

—Yo Ona, encantada. Si quieres quedamos y hablamos de eso de tu libro.

—Me dice queriéndome decir que se muere por hablar.

—Bueno, yo no soy de aquí, ya sabes. Si te parece te apuntas mi número y cuando te apetezca hablamos —me acerco a Ona y puedo notar su energía, su buen rollo, eso que uno sabe que no es un juicio ni una imaginación, que lo está sintiendo en su propio cuerpo, pura vibración—.

—Mira, toma que llevaba una tarjeta mía como punto de libro.

—Muchas gracias.

Chicos, ahora sí, nos vamos va. Y con la toalla al hombro y los niños detrás vuelvo por el camino que he venido, por el que vine ayer con Marta y anteayer con Ismael. Quique tiene sed, hambre y todo a la vez, pero lo que más le preocupa es que le he dado el teléfono a la chica de los pechotes. Y se pone detrás mío por el camino para hacerme preguntas que solo sabe hacer él. Y para qué y dónde, y cuándo y cómo... Hasta que cambia de tercio y empieza a buscar la colaboración de otros y avisa a Ismael y a Jan para que sepan que voy a escribir un libro.

—¿Es verdad papá?

—¿Lo del libro? Sí, lo estoy pensando.

—¿Y de qué va a ser el libro? Pues de cosas que pasan en mi vida, de lugares y personas importantes para mí.

—Puedes hablar de mí si quieres, de que voy a jugar la temporada que viene en división de honor de fútbol sala, o puedes decir que te lleno la casa de niños cuando hacemos la quedada. O puedes hacer un trap —nos reímos todos a la vez—. Sí tíos reiros, pero mi padre es bueno en la improvisación y rapea que flipas y luego pone la voz esa de cantante de trap y mola mucho.

—Sí hombre. ¿Cómo va a saber hacer trap tu padre? —entra Quique en el juego.

—Que sí. Dile una palabra y verás lo que te hace —me fascina la admiración de mi hijo por mis virtudes artísticas.

—¡Pechotes!

—Quique tío estás enfermo —le dice Jan, sacando galones de hermano mayor y responsable mientras no podemos evitar las risas por el término y por lo repetitivo.

—No importa, acepto y voy —le digo a Quique, haciendo el gesto rapero, lanzando el hombro hacia adelante, el codo a la altura del hombro y con el pulgar y el índice extendidos.

Ah, tú te tienes *cural*
salil de esa *enfelmedad*,
que tú solo ves pechotes
y te va a *ponel* palote
y una cosa yo te digo
las personas tienen *ohos*
y un *corasón* bien *roho*
y aunque no lo *creah*, *mano*
dentro escrito está el destino
a si que *deha* de mirar tetas
y mira a personas cretinooooo.

Y todos laurean la fuerza del texto y la rima, y luego reímos hasta llegar al coche.

Niños repartidos, cada uno en su casa y yo en la mía. Una ducha fresquita y un poco de crema hidratante. Mientras repaso la piel con mis manos, voy encontrando picaduras de ayer y de

hoy, enganches con las zarzas y magulladuras varias de tres días de campo y río. Elijo unas bermudas y un polo bastante colorido para resaltar mi estado de ánimo y me dispongo a salir un rato, ahora que el calor empieza a remitir y se puede estar en la calle. Miro mi reloj, que en realidad es el reloj de mi teléfono, son las diez y media de la noche y tengo la energía como para empezar de nuevo.

Llego a Eclipse y en su terraza hay mas gente que dentro, familias con niños, parejas, grupos de amigos... Un poco más adelante en Cal Txetxu otras tantas mesas en la terraza con otras tantas personas. El barrio está vivo y respira, sus hosteleros sudan la gota gorda para conseguirlo, remando cada día y haciendo propuestas gastronómicas diferentes.

Entro en el bar y hay algunos amores, está Jordi, está Pedro, también Jasón, Antonio y Felipe detrás de la barra. Saludo a todos con besos y abrazos y pido una copa de cerveza para mí y medio bocadillo de bacon-queso. Pedro se acerca, me pone la mano en el hombro y refiere su alegría por verme y por verme bien, y alargando el enunciado me pregunta qué voy a hacer esta noche, si voy a salir. Es viernes y no sería el primero que nos hemos escapado, pero hoy no me apetece, creo que acabaré la cena y pondré fin a la intensidad de las últimas cuarenta y ocho horas. Mi cerveza está por la mitad cuando Pedro pide una para él y pide que me llenen de nuevo en un claro manifiesto de intenciones para hoy. A la segunda me lo llevo por ahí.

—No me la pongas aún que la tengo entera. Tengo que comer algo primero que llevo sin comer desde las dos de la tarde —le digo a Felipe que va y viene sirviendo en la barra y en la terraza—. Ahora me la tomo Pedro, gracias.

Vibra mi teléfono de forma repetida, alguien me puede querer decir algo a estas horas de un viernes, miedo me da. Marta queda descartada, por lo que viví ayer y cómo habla de su espacio. Aunque no tuviera nada que hacer, no quedaría dos días seguidos ni aunque tuviera ganas, las reprimiría o no llegaría ni a sentir las. Prevalece mantener su estado de sitio, de alerta máxima para no sentir que está dando demasiado y que el otro se está acercando mucho y la puede invadir.

—“Hola Elías, no sé si te molesto, es un poco tarde” “Soy Ona, nos hemos visto en el río, con David ¿me recuerdas?”. Cara con risas.

—“Hola Ona, si que te recuerdo, ¿Qué tal?”

—“Le he dado un par de vueltas al asunto que me has propuesto del libro y me gustaría poder verte para explicarte cosas”.

—“Pues me alegra que me digas eso, ya me dices como lo hacemos”.

—“De eso te quería hablar” “*Ai mare meva*”.

—“¿Hay algún problema?”

—“No, no, todo lo contrario, lo que pasa que es un poco loco lo que te quiero proponer y no sé cómo hacerlo”.

—“¿Te importa que te llame?” —le escribo para evitar que se alargue la conversación.

—“No, mejor así”. Caritas abrumadas. “O sea, que no me importa y que es mejor hablar”. Chica con mano en la cara.

Hago la llamada sin saber exactamente a donde me va a llevar esto, con la misma sensación que tengo cuando cojo un camino que no he cogido nunca. Me perderé, seguro, solo espero saber volver a casa y en el camino encontrar lo necesario para volver mejor de lo que me he ido.

—Hola Ona.

—Hola Elías —me dice con voz alegre.

—¿Qué me explicas?

—Bueno, a ver si te cuadra ¡eh! A ver... que como yo voy tan mal de horarios va a ser difícil que nos veamos, y justamente hoy estoy cenando en Terrassa con una amiga y luego saldremos a dar una vuelta, a tomar algo vaya. He pensado que podíamos vernos en algún bar de por aquí del centro. Nosotras estamos ahora en El Rovell De L'Ou, no sé si lo conoces.

—Sí que lo conozco. Me podías haber dicho que venías y hubiéramos planeado algo.

—Ya, me sabe mal, pero es que estaba David y es amigo de Marc, y no me mola mucho que sepa demasiadas cosas. Sé que es un poco improvisado todo.

—Vale, no tranqui, está bien. Una cosa. ¿Te importa si viene un amigo?

—No claro, si yo estoy con una amiga.

—Si quieres nos vemos en el Vinil sobre las doce, allí hay mesas y encontraremos un lugar donde poder hablar.

—Prefiero el Reina Victoria, si no te importa.

—Ah vale, me parece bien. Espera que le pregunte a mi amiga dónde está ese sitio. ¿Cómo me has dicho?

—No le preguntes, lo tienes al lado —me río, y escucho risas y voces diciendo que está justo al lado.

—Vale, pues hasta ahora.

Cuelgo el teléfono y cojo el bocadillo con ganas. Pedro, algo nervioso, viene de la calle para preguntarme cómo estoy.

—Pedro, ven un momento por favor.

—Oye, no es necesario que me hables así ¡eh! Si me lo pides sin favor también vengo —me dice irónico.

—¿Te apetece bajar al centro? He quedado con unas amigas.

—¿Qué me dices? Contigo al fin del mundo, ya lo sabes.

Pedro y yo vamos donde haga falta, él es del Espanyol, yo del Barça, él de derechas y yo de izquierdas, pero como nosotros siempre decimos; somos personas que se entienden y si no nos entendemos, nos queremos igual.

—¿Te tienes que cambiar o algo?

—¿No te gusta así, como voy? —le digo.

—Me da igual, lo digo por ti —me dice riendo—. Pero explícame algo... ¿Qué te ha hecho cambiar de opinión?

—Si te lo explico no vas a querer venir.

—No me lo expliques entonces —me dice, mirando a su primo Felipe y a mí—. ¿Vamos

solos?

- Pues lo prefiero, la verdad.
- Me parece bien. ¡Oye Felipe!, pon algo de música que nos anime...
- A ver, que me volvéis loco. ¿Qué os pongo? —responde Felipe.
- El Chico Ocaña —digo yo antes que nadie se anticipe.
- ¿Quién es ese? —me dice Pedro.
- Uno, da igual, luego te cuento. Pon una canción que se llama: “Sin ánimo”.
- ¿Quién has dicho? —me dice Felipe desde el ordenador.
- Chico Ocaña. Y la canción “Sin ánimo”.

Ahora que la cosa se pone negra
nosotros la vemos oscura...
Ahora que dicen que no hay salida
nosotros encontramos una
y si la vida nos da la espalda
nosotros le tocamos el culo.

Y entramos en una fase de euforia previa a lo que nos espera esta noche, que no sabemos lo que es. Un mensaje o una llamada bastan para cambiar el devenir de los acontecimientos, para bien o para mal, pero añade a la vida un poco de juego eso de la improvisación, cambiarlo todo en un segundo para hacer lo contrario.

Subimos al coche de Pedro y después de decirnos las cosas bonitas que nos decimos siempre; no te soporto, no entiendo qué hago contigo, quién me mandaría a mí... Una canción de Fito pone fin a nuestra conversación matrimonial y nos sitúa en el tema que hay que abordar.

—Pedro, he quedado con esta chica porque me tiene que explicar cosas que me pueden interesar por un tema que tengo en la cabeza.

—¿Has quedado para hablar un viernes por la noche? Vamos mal Elías... y lo sabes que vamos mal —me dice riendo.

—Bueno, está con una amiga, que yo no la conozco, pero que no te vas a quedar solo. Además hablaremos un rato y luego ya veremos.

—¿Hay que comprar condones entonces? —pregunta con ironía.

—¿Qué pasa, me vas a pegar algo? Por mí no ¡eh!, que yo estoy sano —le digo riendo.

—Qué cabronazo eres...

Entramos al local, imaginamos que están al fondo en las mesas y obviamos todo lo que puede haber hasta la barra. Al pasar por la zona de billares, Ona me llama con ímpetu.

—Hola ¿qué tal? No os esperaba aquí. Iba directo a la zona de mesas —les digo a las dos.

Ona viste una falda larga de seda en tonos violetas, lilas y morados. Los pies aparecen por debajo del acabado irregular de la falda sobre una sandalia de piel y con las uñas pintadas de

blanco. En la parte de arriba, un top blanco de tirantes y un collar muy fino de plata que acaba con unas lágrimas lilas que parece que se van a desprender y van a desaparecer por su canalillo de un momento a otro. Los pendientes a juego con el collar, algo de brillo en sus labios y su pelo rebelde por un lado y sumiso por el otro, bien tratado, fino y brillante.

Se acerca a mí, me dice hola y cuando nos vamos a besar en nuestras mejillas, vuelvo a notar esa vibración. Me pregunto qué coño es eso tan intenso, que cuando me separo de ella me deja su recuerdo. Su perfume no sé cuál es, pero huele muy natural y le pega, si me dices que elija un olor para Ona y me das a oler entre mil, elijo este.

Me presenta a su amiga Cristina, y yo les presento a Pedro. Rápido empezamos a bromear sobre la improvisación de la quedada y nos dirigimos a la barra par pedir algo de beber. Cristina es algo más alta que ella, luce un vestido en tonos turquesa con estampados marrones y blancos, y la piel muy bronceada. Dos gintonics y dos cervezas para adornar la mesa que elegimos para hablar con tranquilidad, aunque Pedro y Cristina no están tranquilos del todo, ellos no tienen que hablar de nada y tampoco tienen por qué escuchar.

—Cristina ¿te gusta el billar? —le dice Pedro y me sorprende.

—Bueno, no sé jugar mucho, pero gustarme sí.

—Vamos a jugar si te parece bien y así que hablen lo que quieran —que grande, yo no lo hubiera hecho mejor.

Cara a cara Ona y yo. Sus ojos engañan, su color es entre tierra, verde, marrón y miel, no sé definirlos.

—Bueno, cuéntame. ¿Cómo ha sido tan rápida la decisión?

—Me ha parecido interesante la idea, hablarle a alguien que no te conoce, que busca únicamente datos para incorporar a un libro y que el libro habla de lo que es mi vida presente.

—Y... ¿Qué es?

—Un amor de barra, de dentro de la barra que ya está dejando de ser eso. Yo ya le llamaría un desamor de barra.

—Ese título a lo mejor es para mi segundo libro —le digo esto mientras miro sus manos castigadas y las pulseras de piel y de colorines que adornan su muñeca izquierda y las de plata que adornan la derecha.

—Son tres años ya, luchando por mantener algo que es el proyecto de una persona pero que requiere el esfuerzo de dos. Se trabaja un montón, se paga más que se trabaja y al final.... De poco sirve.

—Es el proyecto de una persona, entiendo que no es el tuyo.

—No, es el de Marc. Pero acepté luchar por su sueño con él y...

—Te olvidaste de tus sueños.

—Pues eso, me olvidé de mis sueños.

—Y... ¿Con qué sueñas tú?

—Pues si quieres que te diga la verdad, yo también me lo pregunto y no encuentro la respuesta. He perdido la ilusión.

—Debes estar agotada y por eso cuesta verlo pero... ¿Algo debe ilusionarte no?

Suena “Chasing Cars” de Snow patrol en el local y pone a la conversación lo que justo necesitaba.

—Sí, me ilusionan estos momentos, cuando juego, improviso y arriesgo, me siento viva entonces, pero no lo puedo hacer casi nunca.

—Ya. ¿Cómo definirías tu experiencia en la barra?

—Agotadora.

—¿Y tu estado, ahora mismo?

—Desorientada.

—Tu día a día en el bar... ¿Qué destacas como lo más relevante?

—El aprendizaje, que cada persona es un mundo y el bar a veces parece la guerra de los mundos.

—¿Qué es lo mejor?

—En mi caso, ver como Marc lucha por algo que le apasiona realmente porque es su vocación. Y lo peor, antes de que me lo preguntes, hacer algo que no me gusta o que ya me cansa.

—¿Qué te obliga a seguir?

—Yo, me obligo cada día.

—¿Qué piensa Marc de todo esto que me dices?

—Marc no piensa, solo hace. Va y viene, sale a comprar, busca nuevas iniciativas a nivel gastronómico y cultural, atiende a los clientes con sumo cuidado y atención, y luego conmigo, pues atendemos, cocinamos, limpiamos, cargamos neveras... un bar.

—Vienen amigos y amigas a visitaros, es punto de reunión también, imagino.

—Vienen sí, pero yo estoy trabajando y ellos están pasándolo bien, como es normal.

—¿Y dejarlo y hacer otra cosa?

—Imposible, es un negocio familiar que para Marc es lo más importante del mundo.

—Ya... y dime una cosa. ¿Qué opinan los clientes de ti?

—Me dicen que soy un amor —me mira y sonrío—. Y que me ven muy cansada últimamente.

—Que te digan que eres un amor debe ser algo muy bonito...

—No hago mucho caso, la verdad.

—¿No? ¿Y eso por qué? Corrígeme si me equivoco, es porque no te crees que tú puedas ser un amor de persona.

—Yo creo que soy una persona normal —sus ojos se empiezan a llenar de lágrimas.

—No conozco a ninguna persona normal, todos somos diferentes, normal lo inventó algún insensato.

—Normal, que no se mete en problemas, que ayuda a la gente si puede y que trabaja para sobrevivir.

—A mí eso me parece una persona aburrida, no normal —sonrío de forma cariñosa—. Pues... ¿Sabes?, yo también pienso que eres un amor de persona. En concreto un amor de barra, pero creo que soy un afortunado en poder tener esta conversación contigo porque tu tiempo detrás

de la barra me da la sensación que llega a su fin. ¿Tú no tienes esa sensación?

—Desde hace mucho tiempo...

—¿Qué te lo impide?

—Tengo mucho miedo —me dice cuando una lágrima atrevida sale de excursión por su piel.

Ona mira al suelo, alarga su brazo izquierdo y saca de detrás de la silla un bolso, y del bolso unos pañuelos. Con la primera lágrima han venido algunas más, y después otras.

—Yo también lo tendría... El miedo es algo natural, además sabes que es eso lo que no te deja avanzar, en parte tienes la solución —le digo cariñosamente para que se sienta cómoda.

—¿Crees que vale la pena que salga en tu libro mi historia?

—Cualquier historia de cualquier persona merece ser contada, no la tuya o la mía, todas. Es verdad que a primera vista unas atraen o enganchan más que las otras, pero en toda historia hay algo.

—En la mía hay una pava llorando en un bar de Terrassa —me dice lamentándose.

—No digas eso, hablar te ha removido y ya está. Llorar llora todo el mundo, algunas personas se dejan ver llorando y otras no.

—Marc nunca llora.

—O no lo has visto llorar.

—Bueno sí, es posible que lo haga cuando yo no esté delante, pero algo notaría, no sé.

—Pues seguro que sí, y si no es así hay que comprar cebollas urgentemente para que ese hombre saque lo que lleva dentro —le digo sonriendo.

—Como idea no está mal...

—¿Cómo estás con él?

—Últimamente nos está costando, la verdad. No nos vemos casi, aunque nos vemos mucho porque pasamos muchas horas juntos en el bar. Hablamos poco, y casi siempre de trabajo o de clientes.

—¡Ah! Habláis de los clientes en los ratos libres —interrumpo.

—Claro... Hablamos de la gente, supongo que para no hablar de nosotros ¿no?

—No sé, dímelo tú...

—Bueno, también porque... —pensativa—. Por esto, justamente, porque los amores de barra están ahí cada día y de una forma u otra se convierten en eso, tu presente. Hay clientes que su tema diario es que le falta el dinero, sea verdad o mentira, a otros les afecta la enfermedad, otros clientes traen el día a día del pueblo, otros traen el sentido el humor y otros los problemas.

—Si tuvieras que elegir a una persona de entre todas esas ¿con quién te quedas?

—Pues... *Amb la Maria* —me dice con cara de ilusión y recurriendo a su lengua materna—. Nos trae cada día la prensa y si es necesario alguna otra compra que necesitemos. Se queda con nosotros un buen rato mientras toma un café que siempre, siempre, siempre paga, se niega a que la invitemos. Me habla como una madre a una hija, como una madre perfecta digo —sonríe—, y no tengo que decir nada que ella ya sabe que me pasa, me dice que tengo una cara muy transparente, que no sé llevar máscaras. Y una cosa que medio me inquieta, al mismo tiempo que me encanta,

Maria dice que soy como la hija que nunca ha tenido.

—Vaya, eso es una gran responsabilidad y a la vez un privilegio —ahora estoy en mí, con Luis y su frase también, se repite la misma historia. ¿Qué hago?... ¿Se lo digo o no se lo digo?

—Bueno, la disfruto más que nada. Pero me inquieta saber por qué no pudo tener esa hija.

—Pregúntale ¿no? El que quiere saber algo pregunta.

—Es cierto, ¿tú lo harías?

—¿Yo? Te puedo asegurar que no.

—¿Me lo aseguras?

—Sí, a saber que te encuentras, a saber que te explica.

—Claro, es eso. No sé si me apetece, la verdad. Me atrae quedarme con la incertidumbre.

—También tiene su punto.

—Mi madre siempre me dice que mi tío Luis siempre habla de un chico al que quiere como al hijo que nunca tuvo. Por cierto, mi tío vive en Terrassa, a lo mejor lo conoces, vive por la Avinguda de Barcelona creo.

—Pues... no sé. Es posible que lo haya visto alguna vez.

—No sé si tengo alguna foto de él, espera —me dice sacando el móvil de su bolso para buscar una foto y yo pensando, por favor que no la encuentre—. Pues no la tengo.

—Ona, ¿qué te dice Maria de la situación que estás viviendo con Marc y con el bar? Si es que te dice algo, vaya.

—Maria me dice que va a haber una revolución en mí muy importante, que voy a crecer mucho.

—¿En serio? Mola mucho ¿no?

—Bueno, también me dice que no hay revolución que no lleve consigo algo de sangre.

—Que vas a llorar vamos y que te vas a poner del revés...

—Me da un poco de yuyu, la verdad.

—Ya te digo, bueno tampoco sabemos si es verdad. La gente a veces dice cosas y depende cómo lo digan parecen verdad y creíbles.

—Yo estoy convencida de que es verdad.

—¡Ah! Eso es otra cosa. Entonces tienes fecha de inicio ya —le digo sonriendo.

—Bueno, supongo que espero a estar preparada.

—Es importante tener la fuerza suficiente y un plan que permita más o menos saber dónde ir poniendo los pies, aunque siempre hay que improvisar un poco.

No me lo puedo creer, suena “Amores de barra” y los dos la reconocemos rápidamente. Nos miramos y reímos, y a Ona se le escapa un; “Mira, como tu libro”, demasiado fuerte y yo le pongo el dedo en los labios mandándola callar, y advirtiéndole en voz baja que es secreto aún. Ella me coge la muñeca derecha con su mano derecha y me susurra un perdón, encogiéndose de hombros, abriendo sus labios y enseñándome cómo sus dientes se aprietan.

—Vamos con ellos a ver cómo están, pero vamos, que Pedro la habrá tratado bien seguro a... ¿Cristina?

—Vamos sí, Cristina también habrá cuidado de Pedro, es un sol.

—Una última cosa... Me gustaría poder utilizar los nombres auténticos de las personas que aparecen en el libro, no poner pseudónimos ni nombres falsos. ¿Tienes algún inconveniente en que lo haga con el tuyo y el de las personas que me has hablado?

—Ya veo que estás dispuesto a escribir... Haz una cosa, escribe, me lo dejas leer y luego te digo qué hacemos con los nombres.

—Me parece bien. Una última cosa —le digo mientras me levanto de la silla—, me ha encantado compartir este ratito y poder escucharte, gracias por compartir tu historia, de verdad.

—¡Jo! Y a mí también —me dice mientras deja su asiento y se pone justo delante de mí— me ha gustado mucho, me he sentido muy cómoda —me dice entrando en un rol de niña—. Aunque me has hecho llorar con alguna pregunta.

—No depende de mis preguntas que llores, depende de tus respuestas.

—Puede ser, me lías un poco —me mira y nos reímos.

—¿Qué música pones en tu bar?

—Catarres, Joan Dausà, Mishima, Manel, La Casa Azul, Sidonie, Vetusta Morla... y más que no me vienen ahora. A partir del viernes más variada, de fin de semana vamos, desde rumba catalana hasta flamenco fusión, pasando por el pop de los años 80 y música disco de los 90.

Caminamos hasta la zona de billares, pienso en el camino que debemos coger Pedro y yo ahora, alargar esto sería una buena idea, nos gustará seguro, pero perderemos el control. No están ni Pedro ni Cristina y de ellos solo queda una copa vacía y una botella de Desperados. Ona me mira y yo la miro tan sorprendido como ella, decidimos salir a la calle a ver si han salido a fumar. Ni rastro de ellos, miro mi teléfono por si Pedro me ha dicho algo que yo no haya visto.

“Elías, me voy con Cristina al Venice a bailar un poco, así que ya sabes, cuando acabéis *vence*”. Cara con risas. Cara con risas. Pulgar hacia arriba.

Me sale una risa incontrolada que sorprende a Ona y me mira como si me hubiera vuelto loco, le enseño el mensaje de Pedro.

—Pero... ¿y por dónde cae eso? —me dice sonriendo.

—Aquí al lado, en *Les Escaltes*, está muy cerca —y se me ocurre hacer una pregunta que no había hecho aún y que parece que tengo miedo de hacer—. Ona, ahora que vamos los dos caminando por aquí y es posible que no haya ningún tema del que hablar, no me queda más remedio que preguntarte la edad —Antes de que pueda acabar la frase me ha puesto el dedo en los labios para que me calle como yo he hecho antes con ella.

—No lo estropees, déjalo así.

—A ver... no pasa nada, sé que eres más joven que yo —me vuelve a poner su dedo en los labios pidiéndome silencio.

—Te lo pido por favor, déjalo así.

—Bueno, pues nada, como dijo aquel... Yo he venido a hablar de mi libro.

Después de decir esta frase de Francisco Umbral nos hemos echado a reír y puedo entender, o quiero entender, que no es tan joven como parece o como me ha parecido en algún momento. Se me pasa por la cabeza hacerle una pregunta trampa, preguntarle por su canción favorita, luego su película favorita y por último sus dibujos animados favoritos a ver si de esta manera obtengo alguna pista. Me pregunto cuál es la razón por la que no me quiere decir su edad, hemos quedado simplemente para hablar de ella y su vida en la barra del bar, no para otra cosa ni por otras cosas. Me quedo pensativo durante unos segundos y una mano aprieta los dedos de mi mano izquierda en señal de atención.

— ¡Ey!... ¿Estás bien? Te has quedado un poco *Out*.

—Sí, me he ido un poco. Pensaba en... —me doy cuenta de mi error y paro porque le va a seguir una pregunta que no quiero que me haga.

—¿En qué piensas?

—Pues... —no quería esa pregunta joder—. Pienso en que tu edad es importante como dato para mí. Y también pienso, bueno me pregunto, qué es lo que te impide decírmela.

—No quiero que te asustes y te vayas corriendo, yo te he buscado hoy por redes sociales y sé cuál es la tuya.

—Ahora sí que me has dejado del todo perdido... ¿Por qué iba a asustarme? He quedado contigo para hablar y es lo que hemos hecho, y ahora vamos a tomar una copa y si queremos pues bailaremos. Además —añado con seguridad—, se me pasan muchas cosas por la cabeza para hacer contigo antes que salir corriendo, de hecho, salir corriendo sería la última; por Pedro más que nada, que no se lo merece —añado como coletilla graciosa que nos arranca risas a los dos.

—Bueno, pues tengo veintiocho.

—¡Veintiocho tía! ¿Pero qué hago yo aquí contigo? Si eres una cría —me echo a reír viendo su cara de estupefacción—. Pues... quién los pillara.

—Pues tú, pero vas a pillar mis veintiocho... —me dice justo en el momento que se para delante de mí impidiéndome continuar el camino y me obliga a parar. Cara a cara, sus ojos me siguen engañando con su color, vuelvo a notar esa vibración que no sé qué coño es y vuelve ese olor, su olor.

—Oye que yo tengo cuarenta, tengo un hijo de trece y una hija de dieciocho que además debe estar por esta calle si ha salido hoy...

No he podido decir ni una palabra más, su beso es largo y profundo, mis labios, mi lengua y mis manos se han quedado como mi pensamiento, congelados. Es la fuerza de su juventud la que lleva el timón, con más pasión que técnica y con más empuje que sensualidad, está haciendo que me tiemblen las piernas y que me plantee cuánto dura un beso. Un abrazo sentido, para mí, ha de durar unos veinte segundos mínimo, para poder llegar a confundir el latido de tu corazón con el de la otra persona, pero un beso... ¿Cuánto dura un beso? Este creo que es eterno... Nunca me habían dado un beso eterno, tampoco nunca me han besado en el *Carrer de la Rasa*, tampoco lo había hecho una belleza así, tampoco había tenido yo nunca esta sensación; perdido, desubicado, y con la boca y el cuerpo bajo el efecto de su beso.

Sus manos acarician mi cuello y mi cara mientras las mías siguen inmóviles, hasta que Ona decide ponerlas en movimiento y me las pone en su cintura, primero la izquierda y luego la derecha. No sé qué tiene esto pero me gusta, ni siquiera sé si es bueno para mí, bueno, sí que lo sé y no puede ser bueno del todo, pero... ¿Hay algo que sea bueno del todo? Y mi mano sube por su espalda y la aprieto contra mi cuerpo, sé que le gusta porque en ese momento ella respira profundamente y separa su boca de la mía incitándome a que repase su barbilla con mis labios y me vaya de viaje por su precioso cuello. Y lo hago y la mano que me queda libre, que no sé cuál es, acaricia su cintura y pasa suavemente por encima de sus glúteos de seda para volver a subir. Su cuello sabe a su olor y su piel es suave y se eriza cuando la repaso con mi lengua. Ahora juego a coger su delgado colgante de plata con mis dientes aprovechando el relieve de su clavícula y ella me susurra al oído lo mucho que la pongo, y noto su pubis que se pega al mío y vuelvo a su boca, porque soy de los que vuelven. Noto sus pechos duros contra mi pecho y me viene a la mente Quique y a los genitales humedad y a lo lejos oigo los gritos de unos chavales que nos dicen que nos vayamos a un hotel... y no nos importa y la empujo contra la pared y toco su lado de la cabeza rapado y abro los ojos pero los de ella aún están cerrados y separo mi boca de la suya...

—¡No pares! —me dice abriendo sus ojos sin querer abrirlos.

—Estamos en la calle Ona.

—Tienes razón.

Cojo su mano y la llevo conmigo a las escaleras que dan acceso al *Carrer Escaletes* y entramos al Vinice como se entra a un lugar cuando no se sabe adónde se va. Nada más entrar ya vemos a Pedro y Cristina que nos miran y miran, nuestras manos que aún permanecen juntas. Nos soltamos automáticamente y al llegar a la barra Pedro nos sorprende con un comentario.

—¿De dónde coño venís con esa cara? —no nos queda más remedio que echarnos a reír.

Suena Leyva “Terriblemente Cruel” y los miro a todos y me pongo a bailar subiendo los hombros indicando que no sé qué estoy haciendo pero que puedo ser terriblemente cruel. Miro a Ona y la invito a bailar acercándome a ella en un gesto de guitarrista, me sigue y se suma con el mismo gesto y apoyamos nuestros hombros mientras tocamos nuestras guitarras en el escenario de la vida, ante la atenta mirada de Pedro y Cristina que se suman a nuestro baile. Cristina bailando de una manera más clásica y Pedro moviendo la cabeza arriba y abajo indicando que esto está de puta madre.

—¿Qué vas a tomar? —me dice Pedro.

—Yo quiero... va, otro gintonic.

—¿Y tú? Perdona ¡eh! pero me has dicho... Ona ¿verdad?

—Sí, Ona. Yo una cerveza.

—Vale, cerveza y gintonic —se gira para pedir las consumiciones y me pongo a su lado.

—¿Qué tal Pedro? —le digo.

—Yo bien, tú también por lo que veo. ¿Os habéis liado o qué?

—Bueno, ha sido un beso, un beso largo... que se nos iba de las manos, vamos. Pero no me lo esperaba, bueno no he quedado para eso, te lo prometo, ni pensaba que Ona se pudiera fijar en mí.

—Pues ya lo ves, esa autoestima a ver si la cuidamos un poco —me dice riendo—, ya sabes que soy tu asesor en esto de las relaciones. ¿Y qué plan tenéis?

—¿Plan?

—Sí, plan. Elías plan para hoy, o ¿se va a quedar la cosa así? Pregunto, vamos, que a lo mejor soy yo que voy muy rápido.

—Pues es que no tengo plan tío, de hecho ni lo tenía. Estuve con Marta ayer y de verdad, me moló mucho, claro que no tiene nada que ver una cosa con la otra. Está casada esta chica tío.

—Ya estamos, que si la abuela fuma. Pero a ti eso, ni te va ni te viene.

—No, no, eso no es así Pedro. Esta chica tiene su historia en casa que no la quisiera yo para mí, bueno ni para ti —le digo sonriendo.

—A ver, que no te vas a casar con ella. Vas a echar un polvo, cambia el chip.

Me quedo callado. La camarera nos deja las bebidas en la barra y Ona se acerca por detrás, me pasa las manos por debajo de los brazos y me las pone en el pecho. Apoya su barbilla en mi hombro, me giro y la veo sonreír como no la había visto sonreír mientras hablábamos ni por la tarde en el río. La miro y también le sonrío, noto que me hace un movimiento de cadera invitándome a bailar la canción que ahora suena. Sigo su invitación y bailamos unos segundos, ella detrás agarrándome por el pecho y yo con la copa en mis manos. Me muevo liberándome del agarre, suena M-Clan “Llamando a la tierra”. Ona baila para mí y después busca a Cristina y baila para ella y ella le responde. Se cantan mutuamente sin temor a que nadie las vea o las escuche, se les ve felices, pienso. Cantan y bailan con estilo, la imagen es preciosa, se desentienden de todo y mueven sus pies, sus caderas y sus brazos, y por su puesto mueven sus cabelleras y mueven sus sonrisas y descubro que tienen muchas y todas diferentes. Ahora La Guardia “Mil calles llevan hacia ti”, y Pedro me empuja para que lo mire y vuelve a mover la cabeza a ritmo de la música y me grita que esta es muy buena.

—Mil calles llevan hacia ti, y no se cuál he de seguir —me canta Ona cara a cara a veinte centímetros de distancia—. No tengo tiempo que perder y ya se va el último tren —y cuando dice tren me señala a mí de forma discreta y sensual, y veo a Pedro que se ríe de la situación y le dice algo a Cristina.

—Esta os gusta ¿eh? Yo es que soy un poco más joven que vosotros —le digo a Pedro y a Cristina riendo.

Todos los éxitos del pop español y catalán están sonando y lo estamos bailando todo. Chupitos, gintonics y buenos momentos de risas con actuaciones improvisadas por parte de todos. Pedro ha bailado en alguna ocasión con Cristina y la verdad es que me gusta verlos juntos, y me río pensando en una de las manías de Pedro que más me divierten; no soporta que le hablen

catalán cuando tiene relaciones sexuales. En su casa habla catalán, con su hermano y con su madre, pero no le gusta que le hablen catalán en el cuerpo a cuerpo, lo contrario de José María Aznar que aseguraba hablar catalán en la intimidad. Y solo de pensar que hoy va a tragar y va a escuchar más de una palabra me río solo.

—¿De qué te ríes? —me dice Ona

—¿Te explico un secreto?

—Sí, por favor, me muero de ganas.

—A Pedro le molesta mucho que le hablen en catalán cuando tiene sexo con alguien.

—*No fotis* —y se gira riendo a más no poder—. Pero ¿por qué?

—Mira, una manía como otra cualquiera.

—¿A ti te molesta? —me dice, dejándome sin palabras.

—¿El qué?

—Pues eso, que te hable en catalán mientras follamos.

—Ona, por favor...

—¿Qué pasa?

—Pues que no hemos quedado para esto, bueno ni me lo imaginaba. Y tú tienes pareja y una situación complicada, por si fuera poco.

—Ya, lo sé, y una vida por vivir y una decisión importante por tomar para poder vivir esa vida que quiero.

—Y tiene que ser hoy, por lo que veo.

—No te voy a echar la culpa, pero te digo que me has provocado.

—¿Cómo?

—Me gusta como escuchas, como hablas, por supuesto tu sonrisa con esos hoyuelos, y esos ojos que... He visto como hablabas con los niños en el río, como jugabas y sobretodo como te buscaban para compartir su aventura contigo, eso te hace especial, los niños no buscan a cualquiera. Me has enganchado nen.

—No doy crédito vamos —me paso la mano por la cabeza desde la frente hasta la nuca.

—¿No te gusto?

—Me gustas mucho, eso no tiene nada que ver.

—Vive el momento...

—Ya... ¿y Marc? ¿Qué hacemos con Marc?

—No sabía que vivías con él... —me dice entre enfado e impotencia.

—No vivo con él, pero tú sí.

Pedro y Cristina pasan por nuestro lado, Pedro se acerca y me susurra que se va a casa de Cristina que está aquí cerca, y Cristina le dice a Ona no sé qué cosa pero parecida a la que Pedro me ha dicho a mí. Nos quedamos los dos en el bar musical y el Djey ya busca esos temas que ayudan a la despedida y cierre.

—¿Qué hacemos? —me dice Ona.

—Pues... yo no tengo coche, he venido con Pedro. ¡Hostia! Las llaves de casa están en el

coche.

—Bueno, tranquilo que yo tengo las de la casa de Cris, yo duermo allí hoy. O sea que a Pedro lo tenemos ubicado. ¿Quieres que vayamos? Y te quedas más tranquilo.

—Vale sí, mejor.

—Vamos —me dice mientras me coge las manos y me lleva hacia la calle, pero suena Nena Daconte y empieza a cantar y a bailar y yo llevado por ella, y me dice que tenía tanto que darme y tantas cosas que contarme, y lo mejor, tenía tanto amor guardado para mí... Salimos a la calle y corriendo, tirando de mi brazo me lleva a un portal del Vapor Ventalló y me besa con pasión antes de abrir la puerta. Nos paramos delante de la puerta del ascensor y mientras llega oímos un portazo y alguien que baja por las escaleras corriendo. Es Pedro que baja con un disgusto de mil demonios...

—Pedro, ¿pasa algo?

—¿Que va a pasar? Pues lo de siempre con el puto catalán para follar...

Abre la puerta y desaparece de nuestra vista sin que le haya podido decir nada de las llaves ni del coche. Ona y yo nos miramos y empezamos a reír con todas las ganas del mundo hasta tal punto que tiene que cruzar las piernas y flexionar las rodillas mientras se aprieta el bajo vientre con sus manos para no hacerse pipí encima. Su cara se sonroja de la risa y sus ojos se ponen vidriosos y las lágrimas vuelven a deslizarse por su cara. Un vecino sale al rellano para ver qué sucede y nos encuentra riendo a carcajada uno delante del otro.

—Son las tres de la madrugada, ya está bien ¿no?

El ascensor no llega nunca, y nos damos cuenta que no hemos pulsado el botón y volvemos a reír mientras baja. Por fin llega, Ona pulsa el la tecla del Piso 1 y al ver tal estupidez vuelvo a reír.

—¿Para un piso esperamos tanto rato el ascensor?

—Ya, es verdad. Pensaba que era mas arriba —y se ríe también.

Hace unos movimientos repetitivos con las piernas para contener el pipí y yo le limpio las lágrimas de la cara con mis manos. Está más guapa que nunca, parece que tomar la decisión de cambiar su vida le ha aportado un aire nuevo. La beso porque me apetece y le muerdo sus labios, su lengua no sabe hacia donde apuntar y esta vez la dirijo yo. La puerta se abre y salimos caminando con nuestras bocas enganchadas y mirando de reojo el camino a seguir para no chocar con cualquier cosa. Cristina nos espera con la puerta abierta ante tanto ruido provocado por nuestras risas, y Ona entra corriendo para no mearse encima. Me espera a que entre y cierra la puerta, la miro, me mira, sé que me ha de decir algo pero no se atreve del todo, la vuelvo a mirar y se me escapa la risa y ella se contagia.

—He flipado tío. No me lo puedo creer —me dice

—Yo... no sé, de verdad, creía que lo llevaba mejor, pero veo que no.

—Pero... ¿Qué le pasa?

—Nada, si no es por nada en concreto... es porque tiene esa manía.

—*¡Mare meva!* No me había pasado nunca —le dice a Ona aprovechando que venía del lavabo.

—Pero una cosa Cristina —le digo pensando la pregunta—. ¿Cuál ha sido la frase o la palabra detonante? —y al mismo tiempo que lo digo me río.

—Pues no sé, estábamos ahí en el clímax casi. Creo que le he dicho *llé pam els pits* —nos dice y los tres nos retorremos de la risa.

Suena el móvil de Ona, la miramos y ella se apresura a mirar la pantalla, nos mira y nos dice que es su cuñada. Pulsa el botón verde y se puede oír la voz de la persona que está al otro lado.

—*Txell, ¿hola?*

—*On pares Ona?*

—*Ara a Terrassa, em quedo a dormir aquí.*

—*El Marc ha tingut un accident amb el cotxe a la C-58 a Vacarisses, està molt greu, si us plau, has de venir a l'hospital. Som a la Mutua de Terrassa.*

Y mientras voy camino a casa llamo a Pedro y no me contesta, estoy sin llaves y no sé qué hacer. Llamo a Ona y se pone Cristina, y le digo que si puedo hacer algo por ellas.

—Ya está todo hecho Elías, Marc ha fallecido.

El fin es el comienzo

“Hola guapo, buenos días”. Besito con corazón. “¿Qué tal estás?” “Si te apetece luego quedamos para tomar el vermut”. Bailarina flamenca. Bailarina flamenca. Bailarina flamenca. “Dime algo bonito”. Pulgar hacia arriba.

No es un mal despertar si todo está en su sitio. Marta, la chica de la boda quiere que nos veamos. Es normal, si nos vamos a casar tendremos que empezar a conocernos, y que no sea esto

un intento fallido, otro más. Me río solo cuando pienso estas cosas, pero a veces me pillan despistado y me las creo.

“Hola” “Me ha dicho Cristina que has llamado para preguntar” “Vaya mierda tío” “No puede ser verdad” “No es justo” “Estoy rota” “Me gustaría despertar y que nada hubiera pasado” “Iba con otra chica que nadie conoce” “Es de Sabadell” “Ella está mal pero no corre peligro” “Me siento fatal” “He llegado y no he podido ni verlo” “Mi cuñada dice que lo ha visto un minuto y le caían lágrimas” “Ya ves, tenías razón, llorar en algún momento lloraría” “Pero yo no lo he visto” “Mare meva” “Bueno ya te diré cuando pueda hablar” “Vaya mierda” “No te quiero molestar” “Joder” “No puedo con esto” “No me lo merezco”.

Y pienso en *La Maria* que aseguraba que habría sangre, y pienso en todos los amores de barra, en los habidos y por haber. Y pienso en lo insignificante que es todo ante lo verdaderamente importante, y lo importante es siempre lo mismo, estar vivo. Y si estás vivo eres un amor de barra o eres un amor allá donde estés, y hagas lo que hagas por el simple hecho de estar aquí. El derecho a vivir, es el derecho al amor, el deber de amar es el deber de hacer reír al otro, cada día si puedes y si no puedes, reírte de tu incapacidad para hacer reír.

Agradecimientos

Gracias a mis hijos que son los pilares de mi felicidad. Gracias a Hannah por ser mi lectora más fiel y consejera, a Ismael por darme toda la confianza que necesito. Gracias a Raúl a Lola y a Nacho por aparecer en mi vida y ser mi compañía en los buenos y malos momentos. Gracias a Mireia, Ramón, Marc y Alex por su acogida, cariño y empuje y gracias a Mónica Ribelles por ser la musa.

Gracias a Felipe, a Pedro, a Rubén, a Jordi, a Luís, a Sole , a Isa, a Jaime, a Emiliano, a Maqueda, a Juan, a Jasson, Antonio, Andrés, a Xavi y al Marqués por los buenos ratos, y las risas. A TxeTxu por su admiración y sus abrazos.

Gracias a José Salmerón por ser mi mentor y a Toni Pedrero por ser mi fan incondicional y amigo. Gracias a Mónica Polo por su amistad incondicional y su gran corazón, a Raúl Gómez por estar siempre a los pies del escenario y a Toni, Lili y Alberto por todo lo que engendramos.

Gracias a Arántzazu Martínez y a toda su familia por su amor y su paciencia. Gracias a Bárbara por su acompañamiento en todo el proceso y por su fe ciega en mí y mil gracias a Manel Fortis por su apoyo, por su sinceridad y por sus libros.

Gracias al Bar Malagueño, a Manolo, a Paca y Ana. Gracias al Yeyi, a Cristina y a Tere.

Y muchas, muchas gracias a Francisco, Manuela, Paco, Alberto, Mari, Juani, Chele y Manolo por ser mi sangre.